

III

LOS NUEVE MARTIRES DE TURON (Asturias)¹

Datos generales

Los Mártires de Turón son ocho Hermanos de las Escuelas Cristianas y un Padre Pasionista. Los hermanos dirigían una escuela en Turón, un pequeño pueblo en el centro de un valle minero de la región asturiana, en el noroeste de España. Sus nombres son:

H Cirilo Bertrán, nacido en Lerma, diócesis de Burgos, el 20 de marzo de 1888.

H Marciano José, nacido en El Pedregal, diócesis de Siguenza-Guadalajara, el 17 de noviembre de 1900.

H Victoriano Pío, nacido en San Millán de Lara, diócesis de Burgos, el 7 de julio de 1905

H Julián Alfredo, nacido en Cifuentes de Rueda, diócesis de León, el 24 de diciembre de 1903.

H Benjamín Julián, nacido en Jaramillo de la Fuente, diócesis de Burgos, el 27 de octubre de 1908.

¹ CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Oveten, Beatificationis seu declarationis martyri Servorum Dei Cyrilli Bertrandi et VII Sociorum ex Instituto Fratrum Scholarum Christianarum, necnon Innocentii ab Immaculata Conceptione Canoura Arnau, sacerdotis professi Congregationis Passionis DNIC* († 1936) *Positio super martyrio* (Rome, Tip Guerra, 1989). Los datos reproducidos en estas páginas están tomados casi literalmente, aunque sintetizados, de las obras de P CHICO GONZÁLEZ, F S C, *Testigos de la escuela cristiana Beatos mártires de la revolución de Asturias* (Valladolid, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Provincia Religiosa de Valladolid, 1989), ID, *Mensajeros de la escuela cristiana Beatos mártires de la revolución de Asturias* (Valladolid, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Provincia Religiosa de Valladolid, 1989). Sobre el martirio de los Hermanos de Turon cf., además, ANILETO JOAQUÍN, F S C, *Nos martyrs* (Madrid 1956), ANÓNIMO (H Anselmo Pablo Solas), *Los mártires de Turon* (Madrid Barcelona, Ed Bruño, 1935), ANÓNIMO, *Nos martyrs de Turon 9 octubre 1934 Institut des Frères des Ecoles Chrétiennes* (París, Procure General, 1935), CLAUDIO GABRIEL, F S C, *La obra lasaliana en España* (Madrid, Bruño, 1953), L MORELLI, *Beatificatio seu declarationis martyri Positio super martyrio* (Roma, Congregatio pro Causis Sanctorum, 1988), R RUCABADO, *Los mártires de Asturias La Escuela mártir de Turón* (Barcelona, Cataluña Social, 1935), M VALDIZÁN, *Los mártires de Turón 1934-1934* (Valladolid, Provincia de HH EE CC), 2 tomos, H VALERIANO, *Beatificationis seu declarationis martyri Positio et articuli* (Oviedo, Ed FET, 1944), L L MORELLI, *Sanz Tejedor, Giuseppe (Cirillo Bertrando) e 7 compagni*, en «Bibliotheca Sanctorum Prima Appendice», 1231 1232, E L MAZARIEGOS, *Juntos como un solo hombre Mártires de Asturias 1934* (Valladolid, Centro Vocacional La Salle, 1989)

H. Augusto Andrés, nacido en Santander, el 6 de mayo de 1910.

H. Benito de Jesús, nacido en Buenos Aires, el 31 de octubre de 1910.

H. Aniceto Adolfo, nacido en Celada Marlantes, diócesis de Santander, el 4 de octubre de 1912.

P. Inocencio de la Inmaculada, nacido en el Valle de Oro, diócesis de Mondoñedo, el 10 de marzo de 1887. Estaba con ellos porque había sido llamado por los hermanos para preparar a los niños a celebrar el primer viernes de mes, que coincidía el 5 de octubre.

El martirio no llegó de un modo totalmente inesperado. La situación que vivía España era difícil: la masonería y el comunismo luchaban por el poder y por hacer desaparecer la tradición religiosa de España. Se habían programado una serie de iniciativas contra la Iglesia, los sacerdotes y los religiosos. Se encendió una campaña de odio y violencia, que en ciertos casos llegó a crueles desenlaces, incluso más allá de las previsiones de los grupos dirigentes.

Asturias era una región minera con un fuerte nivel de inmigrados cuyo régimen de vida era duro y se sentían desarrraigados de sus mejores tradiciones. La campaña contra la burguesía y contra la Iglesia encontró allí un terreno particularmente preparado. Así sucedió que, el 5 de octubre, un grupo de revolucionarios arrestó a los ocho hermanos que trabajaban en la escuela de Turón y al sacerdote pasionista que estaba con ellos.

Los nueve religiosos fueron concentrados en la «Casa del pueblo» a la espera de la decisión que había de tomar el «Comité revolucionario». Bajo la presión de algunos extremistas, el Comité decidió la condena a muerte de estos religiosos que tenían una notable influencia en la localidad, en cuanto que gran parte de las familias de la misma mandaban a sus hijos a su escuela. La decisión se tomó en secreto: los religiosos serían fusilados en el cementerio del pueblo poco después de la una de la madrugada, el día 9 de octubre de 1934.

Los asesinos fueron reclutados de otros lugares porque en el pueblo de Turón no encontraron quienes estuvieran dispuestos a perpetrar semejante crimen. Las víctimas comprendieron de inmediato las intenciones del Comité y se prepararon generosamente al sacrificio con la oración, la confesión y el perdón que otorgaron a sus asesinos. Su ejemplo alentó a los demás prisioneros, que también se acercaron al sacramento de la reconciliación. La última noche parecía que iba a resultar como las anteriores. Se acomodaron sobre el suelo y se dispusieron a dormir en la medida de lo posible.

Mientras tanto, en su cercana escuela se reunían los que iban a cumplir la sentencia que había dictado el comité. A la una de la madrugada del 9 de octubre de 1934, quinto día de la revolución, se abrió de improviso la puerta de la sala en donde se hallaban los detenidos. Todos dormían, salvo el director, hermano Cirilo. Los verdugos obligaron a los nueve religiosos a entregarles sus pertenencias y los colocaron al extremo de la sala, separados de los otros detenidos. Les comunicaron que pensaban llevarles al frente, para servir de parapeto ante los soldados. Tardaron de ocho a diez minutos en conducirlos hasta el cementerio. Caminaron juntos y serenos. Fueron muertos con dos descargas de fusilería y rematados a tiros de pistola. Allí estaba preparada una zanja de unos nueve metros. Se les colocó ante ella. Ante sus ojos, a unos 300 metros, se alzaba el edificio del colegio, iluminado a aquellas horas de la noche. Fue lo último que contemplaron los mártires. El jefe de los milicianos dio la orden de ejecución. Con dos descargas quedaron acribillados. Algunos, que habían quedado con señales de vida, recibieron un disparo de pistola. El enterrador recibió la orden de echar tierra sobre los cuerpos. Lo hizo, y se marchó pronto. La serenidad y valentía con la que los hermanos y el padre pasionista aceptaron el martirio impresionó a los asesinos, como más tarde ellos mismos declararían.

Mientras tanto, el grupo de asesinos se volvía hacia sus puntos de origen, tal vez desconcertados por la serenidad de las víctimas, que no habían proferido una protesta. El jefe de los asesinos, días después, detenido en la cárcel de Mieres, reconocía: «Los hermanos y el padre oyeron tranquilamente la sentencia y fueron con paso firme y sereno hasta el cementerio. Sabiendo a dónde iban, fueron como ovejas al matadero; tanto que yo, que soy hombre de temple, me emocioné por su actitud... Me pareció que, por el camino y cuando estaban esperando ante la huerta, rezaban en voz baja».

Los habitantes de Turón los consideraron mártires desde el primer momento. Pocos meses después de su muerte, sus cuerpos fueron exhumados y trasladados con grandes manifestaciones de adhesión al mausoleo donde reposan en la casa de Bujedo, en la provincia de Burgos.

El martirio

Desde principios de siglo funcionaba la Sociedad Hulleras del Turón, la cual absorbía todo el trabajo del carbón y era

filial de la gran Empresa Altos Hornos de Vizcaya. Algunos años antes de 1934 había sido nombrado un director de la empresa que había incrementado enormemente los servicios sociales de la misma, entre ellos una escuela, que había sido confiada a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En el momento de estallar la revolución dependían laboralmente de la empresa alrededor de unos 5.000 obreros, entre los que trabajaban en el interior de la mina y los que atendían los otros puestos, que eran muchos: lavaderos, talleres, transportes, oficinas, economato, etc. Sobre todo eran los talleres los que habían llamado la atención a los que preparaban la revolución, pues estaban bien surtidos de materiales y de vehículos. Contaban al mismo tiempo con buenos técnicos y con hábiles operarios. Por eso, la misión que habían señalado los revolucionarios para estos excelentes talleres era preparar material, sobre todo camiones blindados y bombas, para ser llevados rápidamente a los frentes de combate en donde más se necesitaran.

Al amanecer del día 5 de octubre de 1934 estaba ya el cuartel rodeado por una multitud enorme de rebeldes. El Comité que se había formado en Turón, presidido por el que era alcalde de la localidad, quiso dialogar con el sargento y otros cinco guardias civiles que estaban de servicio. Les pidieron la rendición incondicional, pero ellos se negaron. El asedio duró hasta el mediodía. Muerto el jefe y dos guardias y heridos otros dos, la resistencia terminó pronto.

A partir de ese momento no hubo más autoridad local que la del Comité. Todo el que podía representar algo, como era el director de la empresa, los ingenieros de la misma, los sacerdotes de la localidad, el jefe de los guardias jurados de la empresa, los hermanos de la escuela, etc., fueron llevados detenidos a la Casa del Pueblo, que había sido convertida en prisión.

El Comité se instaló en la escuela de los hermanos, que era el edificio más amplio y central del Valle del Turón y por ella habían pasado cientos de niños. Todas las escuelas de los Hermanos de La Salle sufrieron una conmoción grande al terminar el curso, en el verano de 1933. Se había aprobado la Ley de Confesiones Religiosas. En ella se prohibía la enseñanza a los religiosos. Como a las demás instituciones de la Iglesia dedicadas a la enseñanza, se presentaba ante ellos tres caminos: marchar a otros países para seguir ejerciendo la docencia, dedicarse a otros trabajos que no fueran escolares, buscar alguna forma de burlar una ley tan injusta y opresiva.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas eligieron el terce-
ro con cierta habilidad. Entre ellos se llamó operación Balmes.
Consistía en despedirse de las familias al finalizar el curso. Y
sobre todo hacer ver a las autoridades que no había más re-
medio que cumplir la legislación y despedirse también de ellas.
Después, cada religioso era destinado a otra localidad y a otro
colegio. Allí iría ya como profesor seglar. En el ejercicio de la
docencia se vestiría sin el hábito religioso y se haría llamar con
su nombre civil.

Toda esta operación de ajuste ocupó el verano de 1933. A
los hermanos no les costó mucho el acomodo, pues estaban
acostumbrados a cambiar con frecuencia de localidad. Y los
métodos docentes y el estilo educativo era muy similar en
todos los lugares.

Por eso, a fines de verano de 1933, los nuevos hermanos
estaban en Turón. Ahora eran ante el público —o pretendían
parecer— maestros seglares contratados por la empresa Hulle-
ras del Turón para regir la escuela que desde 1919 habían
llevado los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

¿Quiénes eran los recién llegados?

Un hombre de cuarenta y siete años, don José Sanz Teje-
dor, hacía de director. En religión se llamaba H. Cirilo Ber-
trán. Su misión era dirigir la escuela. Con él llegaron seis
profesores para las seis clases que funcionaban: don Vilfrido
Fernández Zapico (H. Julián Alfredo), de treinta años; don
Vicente Alonso Andrés (H. Benjamín Julián), de veintiséis
años; don Román Martínez Fernández (H. Augusto Andrés),
de veinticinco años; don Héctor Valdivieso Sáez (H. Benito
de Jesús), de veinticinco años; don Manuel Seco Gutiérrez
(H. Aniceto Adolfo), de veintiún años. El sexto se llamaba don
Antonio García. Estuvo descontento todo el año y lleno de
recelos por las tensiones ambientales. Nada más terminar el
curso fue trasladado a Mieres y para reemplazarle fue enviado
el que estaba elegido para el sacrificio. Era don Claudio Ber-
nabé Cano (H. Victoriano Pío), de veintinueve años, quien
llegó ya al final del verano de 1934.

Era un grupo serio, dinámico, de profundos sentimientos
religiosos y muy joven. Su edad media al morir era de treinta
años. Cuatro no los habían cumplido. El más joven de todos
tan sólo tenía veintidós años y su año de Turón fue el segundo
de su apostolado educativo. Cuando llegó la revolución de
octubre, llevaban tres semanas de trabajo escolar en el nuevo
curso, que se prometía lleno de aciertos y de eficacia.

Algún rumor intranquilizador llegó a los hermanos al caer la tarde del día 4 de octubre de 1934. Se enteraron del nuevo Gobierno que se había formado en Madrid y de la amenaza que se hacía por todas partes de que el 5 sería día de huelga general y revolucionaria. Lo comentaron con el P. Inocencio durante la cena. Pero se fueron a descansar, pues poco entendían de aquellas cuestiones y habían estado toda la jornada trabajando en las faenas escolares.

Como todos los días, se levantaron a las cuatro y media. El H. Aniceto Adolfo, por ser el más joven, estaba encargado de la capilla. Y a primera hora iba a decir el P. Inocencio la misa de primer viernes para los alumnos. Bajó a preparar las cosas. Sintió que llamaban precipitadamente a la puerta y vio entrar, con el rostro asustado, a la cuñada del capellán, llamada Juana González.

Con palabras entrecortadas le comunicó que había estallado la revolución, que los revolucionarios habían detenido a su marido y a su hijo. También a don Tomás Martínez, el capellán, y al párroco, don José Fernández, y al coadjutor, don José Manuel Alvarez. Todos ellos habían sido conducidos a la Casa del Pueblo, que había sido habilitada como prisión. El H. Aniceto cerró todas las puertas y avisó a los demás de lo que pasaba. Algunos recordaron haber escuchado a media noche explosiones que no eran como las de otras ocasiones. Avisaron al P. Inocencio y, después de algunas vacilaciones, decidieron adelantar la hora de la misa, en previsión de lo que pudiera pasar. Por la calle no se notaba nada de especial. Pero el que los sacerdotes hubieran sido detenidos daba mucho que sospechar. Comenzaron con cierto nerviosismo.

Cuando llegaban al ofertorio, sintieron gritos por el patio y llamadas violentas en la puerta. El P. Inocencio intuyó el peligro y rogó a los hermanos que le ayudaran a consumir las sagradas especies que tenía preparadas en el copón. Las consumieron rápidamente. Los gritos y los golpes se hacían cada vez más violentos.

Bajó a abrir el H. Marciano que, por su sordera, debía estar menos asustado que los demás. Se encontró de frente con un grupo de unas 30 personas que le amenazaban con fusiles y pistolas. Para dar mayor efectismo a la acción, uno de los asaltantes disparó su arma y el proyectil se incrustó en la pared, a pocos centímetros de la puerta. Los demás le increparon por el riesgo que la acción implicaba.

Dijeron a voces que venían a por las armas que las Juventudes Católicas tenían en el colegio. Y se lanzaron hacia las diver-

sas dependencias de la casa, sin tener en cuenta ya al que había abierto la puerta. Tampoco atendieron al H. Cirilo que se dirigía hacia ellos para pedirles cuenta de aquel atropello y que ni siquiera tuvo tiempo de hablar, pues se sintió amenazadora-mente apuntado por las armas que llevaban los asaltantes.

Los hermanos se habían ido a sus habitaciones del piso superior. Pero rápidamente reaccionaron y fueron saliendo al encuentro de los asaltantes, que iban destruyendo todo a su paso, rompiendo cerraduras y tirando todas las cosas por el suelo. En la Biblioteca de la Asociación encontraron las listas de los Jóvenes Católicos y mostraron mucho regocijo por el hallazgo. Se quedaron con ellas. Pero evidentemente no descubrieron nada de lo que decían buscar.

También invadieron y revolvieron las habitaciones de los hermanos y les anunciaron que quedaban detenidos y que iban a ser llevados a la cárcel que habían preparado.

Por la carretera del pueblo les llevaron a la casa que iba a ser su lugar de detención y que se encontraba a algo menos de un kilómetro de distancia, valle abajo.

Dado lo prematuro de la hora, casi nadie había por la calle. Y algunas personas, que discretamente se asomaron a las ventanas, evitaron cualquier intromisión en aquella acción de fuerza. Serían algo más de las siete de la mañana cuando los hermanos llegaron a la Casa del Pueblo. Además de los sacerdotes y de los familiares del capellán, se encontraban ya allí detenidos algunos guardias jurados que se habían resistido a entregar las armas, algunos jóvenes y otras personas.

A los revolucionarios no les gustó que el P. Inocencio tuviera puesta la sotana y se la mandaron quitar. El H. Cirilo rogó a un guardia que volviera al colegio y trajera algún traje de los hermanos. No tardó en cumplir el cometido y el P. Inocencio tuvo que ponerse una vestimenta que le caía muy desproporcionada. Para compensar la falta de camisa, le dieron un pañuelo que se puso en el cuello y así quedó dis- puesto.

Les dieron la orden de no comunicarse entre ellos, ni con los demás presos que estaban ya detenidos. Y les pusieron un vigilante que les amedrentaba con su mirada y sobre todo con su arma, con la cual les hacía desistir de cualquier idea de huida o de cualquier conato de protesta o de reacción.

El día 5 de octubre, primero de la detención, fue el peor para los prisioneros. La mañana pasó entre la sorpresa y el desconcierto. Se enteraron de que estaban asaltando el cuartel de la Guardia Civil y escucharon algunas de las cargas de

dinamita con que los revolucionarios estuvieron atacando hasta el mediodía, en que los supervivientes se entregaron. Les obligaron a tener las ventanas cerradas, mantenerse en silencio a media luz y sin poder comunicarse con los otros prisioneros. El vigilante de turno tenía la orden de infundirles miedo para evitar en ellos cualquier reacción. Sólo de uno en uno les permitían salir al servicio que se hallaba al fondo del pasillo.

Alguno más observador vio por la ventana cómo también en la entrada y en las inmediaciones había otros centinelas con las armas en la mano. A los demás prisioneros les trajeron comida sus amigos y familiares. De los hermanos, encerrados en la sala grande, nadie se acordó y pasaron todo el día sin comer. Poco durmieron aquella primera noche, aunque algunos lo intentaron sobre las mesas o acurrucados en el suelo, envueltos en alguna manta que sí les proporcionaron.

Al comienzo del día siguiente, trajeron nuevos prisioneros, entre ellos los cuatro ingenieros de la empresa que habían quedado bajo vigilancia en sus casas. Ello obligó a redistribuir a los prisioneros que, de los catorce iniciales, habían pasado a unos veinticinco. Pasaron a la sala en que estaban ellos a los sacerdotes y a varios jóvenes de la Acción Católica².

Ese mismo día tuvo que ser atendido por un médico de Turón, don Julián Cabo Ovejero, uno de los hermanos. Le suministró alguna inyección y trató de calmarle. Es muy probable que fuera el H. Marciano, que sufría una seria afección de columna y al que resultaban especialmente penosas las circunstancias de la prisión. La compañía y el ánimo gozoso de los otros hermanos le resultó reconfortante. Se pidió a los carceleros que permitieran traer un colchón desde el colegio, pero lo negó por completo el que hacía de jefe de los guardianes, un tal Fermín García, al que apodaban los demás «El Casín».

Al aumentar el número de los encerrados en la sala, la conversación se hizo más distendida. Esto suavizó la tensión. La noche la pasaron ya con algún descanso. Además de haber podido comer, el cansancio acumulado logró que la mayor parte de ellos pasaran buenos ratos durmiendo o relajados.

Las conversaciones comenzaron a versar sobre el riesgo que tenían de ser fusilados y se consolaban mutuamente pensando que, en el caso de que llegara la muerte, sólo por haber sido educadores cristianos serían asesinados. Su muerte sería

² Casi todos los datos que conocemos de los días siguientes proceden de los sacerdotes que estuvieron en su compañía hasta el último momento, sobre todo del párroco, don José Fernández, que redactó, días después de su liberación, un documento con las principales incidencias de la vida en la prisión.

un verdadero martirio y Dios les recompensaría con creces. Muchos ratos lo pasaron rezando. Además del rosario, que recitaban en grupo, y en el que participaban los otros detenidos en la sala, se les notaba a ratos silenciosos y resignados, como quienes están rezando en su corazón al Señor.

El día 7 era domingo y tuvieron la pena de no poder celebrar la Santa Misa, aunque comprendieron que su sacrificio era suficiente Eucaristía agradable al Señor. Por la mañana tuvieron un sobresalto de esperanza al escuchar el rugido de varios aviones que sobrevolaron el Valle, como lo habían hecho por las otras regiones de Asturias. Pero las noticias que les transmitían sus guardianes eran que la revolución había triunfado en toda España y que sólo en Asturias había algunos rincones que faltaban por someter, pero que sería cuestión de pocos días el terminar con las resistencias.

Por la tarde, a eso de las cinco, se presentaron dos miembros del Comité. A primera vista parecía que el motivo era interesarse por los presos. Uno de ellos se llamaba Ceferino Alvarez Rey. Dijo que había sido alumno del H. Román en la escuela y que debía a este excelente profesor todo lo que sabía. Les comunicó que no tenían que preocuparse, pues el hecho de estar detenidos era sólo una medida para proteger sus vidas. Todo su empeño fue enterarse si el H. Marciano era religioso o sólo asalariado. Tuvo que responder el H. Cirilo, pues el interesado estaba en tal estado de nerviosismo que, además de su sordera, le imposibilitaba mantener la conversación con el interrogador. Mostró gran satisfacción cuando creyó averiguar la verdad y se marcharon al poco tiempo.

Tanto por el tono empleado por los interrogadores, como por el hecho de que ese día llevaron al frente a dos guardias jurados y otros jóvenes católicos, comprendieron que el peligro de muerte se hacía más inminente para ellos. Por eso comprendieron ya claramente que había que estar preparados para todo, pues la situación se agravaba. Determinaron confesarse para estar dispuestos para lo que viniera y así lo realizaron inmediatamente.

El P. Inocencio fue el primero que lo hizo con el párroco y con él se confesó el coadjutor. Los hermanos lo hicieron con el que prefirieron cada uno. Y su mismo ejemplo siguieron otros prisioneros. En aquel momento estaban en la sala diecisiete detenidos. Terminadas las confesiones, una alegría inmensa invadió a todos. Sintieron que Dios estaba allí con ellos para infundirles fortaleza. Una gran resignación se manifestaba en los presentes.

El capellán, don Tomás Martínez, ya no estaba entre ellos, pues había sido autorizado a pasar a otra sala; y tal vez había sido llevado secretamente a su casa, pues se hallaba seriamente enfermo de la dolencia pulmonar de que no tardaría mucho en morir. Además, su amistad con el jefe masónico, Leoncio Villanueva, le resultó útil en aquella situación de tensión.

En esos momentos se estaba discutiendo violentamente en el Comité, cuya sede estaba instalada en el colegio de los hermanos, sobre la conveniencia de fusilar a los sacerdotes y religiosos, para que resultara de escarmiento no sólo en Turón, sino en los demás lugares. En otros sitios se había discutido lo mismo, pero se obró con más inteligencia práctica³. En el Comité de Turón había más espíritu de venganza y menos inteligencia práctica⁴.

Mientras tanto los prisioneros se disponían a pasar la última noche que les quedaba sobre la tierra. Cenaron lo que les llevó la señora Palmira Sierra. Rezaron y fueron conciliando el sueño recostados sobre las mesas o en el suelo. Silverio Castañón y Fermín García, «El Casín», tenían prisa por ejecutar la sentencia. El momento elegido había sido el 8 por la mañana. Pero tuvieron que demorar hasta la noche la realización de sus propósitos. El día anterior había muerto en los asaltos de Oviedo un militante de Turón y sus compañeros habían llevado el cadáver para que fuera enterrado en el cementerio. La presencia de familiares impidió preparar las fosas a tiempo y por lo tanto llevar a ellas a los sentenciados. Fue el tiempo que necesitaban algunos amigos y defensores de los hermanos para tratar de impedir tan bárbaro atropello. Se sabe que varias personas intentaron imponer sensatez, entre ellas los dos médicos de la localidad, varias madres de alumnos y otros. Creyeron haberlo conseguido. Pero aquella noche Silverio Castañón, a falta de suficientes voluntarios entre los más comprometidos de Turón, reclutó gente que formara el piquete de ejecución en Mieres y Santullano.

Lo prepararon todo con sigilo y se puede decir que con nocturnidad. Abrieron en el cementerio una zanja de unos 9

³ En Mieres, por ejemplo, cuando se habló de asesinar a los religiosos, un miembro del Comité había dicho: «Somos revolucionarios y no asesinos. Si triunfamos, ya diremos a éhos lo que han de hacer. Si perdemos, no nos podrán acusar de derramar la sangre de ningún prisionero».

⁴ Se sabe que Leoncio Villanueva y su grupo se opusieron a los asesinatos. Quería a toda costa salvar a su amigo el capellán don Tomás. En atención suya, protegía a los dos sacerdotes de la parroquia. Silverio Castañón y otros optaban por la venganza. Aunque no fueran los que se le habían enfrentado, pertenecían a su misma especie. Era conveniente dar un escarmiento. La decisión quedó de parte de los violentos, aunque se dejó al jefe Silverio Castañón la elección del momento más conveniente.

metros de larga y esperaron que llegara el momento de cumplir la sentencia que atribuían al Comité Popular, pero que era obra y venganza de unos cuantos desalmados.

Ya entrada la noche, se juntaron los confabulados en la sede del Comité, que ahora era el Colegio Ntra. Sra. de Covadonga y en el cual algunos de ellos habían pasado sus años escolares. Silverio Castañón apenas seguía la conversación, pues estaba más silencioso que otros días. Una tensión indefinida se dibujaba en su rostro.

Todos los reunidos bebían sin parar, como queriendo apagar los presagios oscuros que se dibujaban en su horizonte. Si hubo alguna vacilación en sus designios, el alcohol se encargó de infundir una inyección de falsa fortaleza en sus excitadas mentes.

Mientras tanto, las luces del valle se fueron apagando. Acababa el cuarto día de la revolución; la fatiga y las emociones eran ya intensas y necesitaban de unas horas de sueño reparador. Habían pasado ya las doce, cuando Silverio Castañón pronunció las palabras que iban a ser para él una muletilla en las dos próximas horas. Dirigiéndose al grupo que tensamente le aguardaba, les gritó: «Adelante, en marcha».

Serían poco más de la una del día 9. Repentinamente se abrió la puerta, que estaba entornada. Penetran Silverio Castañón y otro, apodado «El Casín». Empuñaban sendas pistolas. Les acompañaban otros dos escopeteros. Dormían todos, excepto el director y el párroco, que conversaban en voz baja. Inmediatamente ordenaron al director que se quitara el abrigo y entregara todo lo que tuviera en los bolsillos. Después hicieron lo mismo con el cura. A los demás los despertaron, exigiéndoles hacer lo mismo. Todo se lo quitaron, excepto el reloj del coadjutor y el rosario del cura, que se lo dejaron. A los seglares que allí había no les molestaron con tales impertinencias. El padre pasionista estaba sentado en una silla. Tenía la cabeza tapada con una manta y seguía durmiendo. Fue obligado a entregar todo lo que tenía, lo cual hizo, aunque se reservó la cartera en la que conservaba unas notas que había estado escribiendo por la tarde y en las cuales, sin duda alguna, se contenía su última voluntad. También se quedó con un relicario de la Stma. Virgen. Pero todo lo tuvo que entregar cuando, con gran insistencia, le pidieron toda la documentación.

De lo que sucedió a continuación apenas si queda referencia segura. Los que intervinieron en la ejecución confesaron algo cuando después fueron detenidos. Pero casi todos tenían

muchos crímenes sobre su conciencia y prefirieron callar y, en lo posible, olvidar.

Ya en el exterior sintieron el frío aire de la noche sobre su rostro. A la tenue luz de la bombilla que lucía en la fachada, vieron a unos veinte hombres que les apuntaban con sus armas. En el patio, Silverio Castaño les preguntó, cuando ya no podían oírles los otros presos: «¿Saben ustedes adónde van?». El H. Augusto Andrés, don Román como entonces se llamaba, respondió resueltamente: «Adonde ustedes quieran. Ya nada nos importa. Estamos preparados para todo». «Pues van ustedes a morir», fue lo único que se le ocurrió a Castaño.

Oyeron en silencio la sentencia. Sus temores se confirmaban. Pero llevaban preparándose para este momento durante cuatro días y ni uno solo vaciló. Contagiados por su serenidad, también los dos carabineros, el teniente coronel Arturo Lengüo Varea y comandante Norberto Muñoz, se mantuvieron impasibles. Rodeados por los escopeteros, pusieron a los dos militares al frente. Los ocho hermanos iban después. Y cerraba la fila el P. Inocencio. No hubo ninguna resistencia en los ocho o diez minutos que tardaron en subir la estrecha senda que les separaba del cementerio, pues siguieron la vereda que asciende por la ladera izquierda del valle, en lugar de avanzar por la carretera central.

Silverio Castaño confesaría más tarde al párroco: «Los hermanos y el padre oyeron tranquilamente la sentencia y fueron con paso firme y sereno hasta el cementerio, sin pronunciar una queja, tanto que yo —que soy hombre de temple— me emocioné por su actitud. Sabiendo adónde iban, fueron como ovejas al matadero».

Llegados al cementerio, hubieron de esperar un rato ante la puerta. El enterrador, aunque estaba avisado, no había llegado todavía, bien porque se retrasara intencionadamente, bien por no haber concertado la hora con exactitud. Castaño envió a uno del pueblo en su búsqueda y, buen conocedor del terreno, volvió en su compañía a los pocos momentos. Abrió la puerta. Recibió orden de quedarse fuera. El cementerio era nuevo, pues hacía algo más de un año que había sido inaugurado y apenas si existían en él enterramientos. Prácticamente era una explanada, en medio de la cual, hacia la derecha en la parte superior, estaba ya preparada la larga fosa explícitamente abierta la tarde anterior para esta ejecución.

Las víctimas avanzaron ante la orden de Castaño: «¡Adelante, más adelante!». Eran conscientes del momento supremo que estaban viviendo. Rezaban con emoción contenida. Y es

probable que se cruzaron alguna palabra de aliento, sobre todo los más animosos del grupo. Con toda seguridad ninguno de ellos acababa de creer lo que estaba viendo. Incluso les parecería mentira ver a 200 metros los ventanales del colegio, completamente iluminados, y distinguir a la gente que se movía dentro, que parecía bastante.

Sin apenas darse cuenta recibieron la orden de pararse. Tenían detrás de sí la ladera de la montaña y la tapia posterior. A sus pies estaba la zanja en la que a buen seguro apenas repararon en el último instante. Y ante sus ojos, entre las cabezas de los veinte forajidos que les apuntaban con las armas, se veía el colegio y las pocas casas que quedaban iluminadas en aquel rincón del Valle del Turón.

Antes de que cayeran en la cuenta de la realidad, se oyó la voz de Silverio Castañón: «Fuego». Y dos descargas, a pocos metros de las víctimas, derribaron a todas ellas por el suelo. Silverio Castañón y «El Casín» descerrajaron algún tiro en la cabeza de alguno que se movía aún. Otro, con una maza de grandes proporciones, descargó algún golpe para rematar a otros. Al menos se hizo con el teniente coronel y con el hermano director.

Unos quince minutos había durado la operación. Los asesinos salieron por la puerta contraria a la que habían entrado y en la cual esperaba el enterrador. Lo hicieron para no ser reconocidos por éste y evitar denuncias posteriores. Al menos así lo manifestó él en los juicios que siguieron más tarde por los hechos acontecidos. Sólo Silverio Castañón salió donde él se encontraba y le ordenó que tapara la zanja con tierra y se marchara. Así lo hizo. Un rato después cerró con llave. Había terminado la operación.

En las casas del valle comenzó a correr la noticia de que todos los profesores de la escuela habían sido fusilados por la noche en el cementerio. La repulsa fue general, incluso en aquellos que simpatizaban con la revolución. Era un acto de crueldad repugnante e inútil.

Los mismos que lo habían promocionado comenzaron a sentirse avergonzados, comprendiendo que habían ido mucho más allá de lo que al principio pensaron. No faltó quien pretendió desviar la atención hacia lo que estaba pasando fuera del valle. Pero el atropello estaba cometido y pesaría durante mucho tiempo en la conciencia colectiva de los habitantes de Turón.

Al fin y al cabo aquellas muertes no se habían producido en un momento de lucha. Había sido un abuso incomprensible.

ble, realizado en indefensos maestros que no habían hecho otra cosa que cumplir con su deber en beneficio de los niños de la localidad.

El día 11 por la noche, los dirigentes de los grupos socialistas comprendieron que la revolución había fracasado. Todo parecía que se había acabado. Al amanecer del 19, varios destacamentos de la Guardia Civil y tropas militares recorrieron el Valle del Turón, sin encontrar ninguna resistencia.

Homenajes póstumos y largo camino hacia los altares de los Mártires de Turón

El día 21 fue la exhumación de todos los enterrados en el cementerio, a fin de reconocer la identidad y el número de los cadáveres. Equipos militares, por orden judicial, desenterraron los cuerpos de las víctimas. Estaban en mal estado de conservación, aunque sólo habían pasado doce días desde el enterramiento. El H. Cirilo tenía la cabeza separada del tronco, tal vez por efecto de un golpe violento con la maza, o quizás por la tierra húmeda y pedregosa con que todos habían sido cubiertos. Los demás estaban irreconocibles. Los cadáveres fueron identificados por las iniciales de la ropa interior. Un padre pasionista identificó el cadáver del P. Inocencio. Los cuerpos fueron colocados piadosamente en cajas de madera y enterrados de nuevo dignamente en fosas que se hicieron en otro lugar del cementerio. Cuando las aguas se serenaron y el ruido de la prensa, que fue muy grande en todo el país, amainó, los hermanos fueron pensando que el lugar de aquellas reliquias tenía que ser otro. Los testimonios que se recogían eran unánimes en reconocer que sólo por odio a la religión y por ser educadores cristianos habían sido sacrificados. En todos los lugares del país se celebraron funerales solemnes por los difuntos y todos reconocían el carácter martirial de su sacrificio. Contribuyó a la gran resonancia que su muerte tuvo en España, y en muchos países del mundo, el hecho de que los hermanos estaban extendidos por infinidad de naciones. Y en España tenían casas y escuelas por muchas provincias. En todas partes se hablaba de los Mártires de la Revolución de Asturias con verdadero respeto y admiración.

Todos pedían a los superiores datos sobre cómo había sido la muerte de estos educadores y les urgían a que recogieran los documentos necesarios para preparar un reconocimiento oficial posterior del hecho del martirio.

Mientras tanto, en toda Asturias se intensificaban las investigaciones para detener a todos los autores de matanzas y atropellos. Eran tantos los miles que habían intervenido en la revuelta que resultaba imposible aclarar todas las circunstancias. Los muertos eran tan abundantes y los destrozos tan considerables que todos quedaban sobrecogidos de espanto a medida que se iban conociendo los acontecimientos.

Todos los miembros del comité de Turón fueron detenidos a lo largo de las semanas siguientes. Silverio Castañón cayó en poder de la Guardia Civil en Lamasón, en la provincia de Santander. Todos fueron llevados a la Cárcel Modelo de Oviedo. Se les incoó el consiguiente sumario judicial que, por las circunstancias de excepción en que estaba Asturias, tuvo carácter de Consejo de Guerra, al pesar sobre ellos acusación de rebelión armada.

Las diligencias judiciales quedaron concluidas y el juicio tuvo lugar, para los 65 implicados en los hechos de Turón, entre el 17 y el 24 de junio de 1935. Desfilaron ante el tribunal muchos testigos en sesiones de mañana y tarde. Al fin se dictó sentencia de muerte para los cuatro principales acusados: Silverio Castañón, Amador Fernández Llaneza, Fermín López y Servando García Palanca. Hubo 37 condenas a cadena perpetua, entre las que figuraba la de Leoncio Villanueva. Otros recibieron condenas menores. Y 18 quedaron absueltos por falta de pruebas, entre los que figuraba el enterrador Esteban Martín Colodrón, que afirmó haberse limitado a cumplir las órdenes de Silverio Castañón. Ninguna pena llegó a cumplirse del todo. Al mismo tiempo que se realizaban los juicios, se iban aumentando las voces en el país y en el extranjero en pro de la amnistía. Esta tuvo lugar cuando, en febrero del 1936, ganaron las elecciones los partidos de izquierda agrupados en el Frente Popular. El 20 de ese mes de febrero todos los presos quedaron exonerados de sus responsabilidades y salieron a la calle, comenzando la cuenta atrás para la guerra civil que ya aparecía como inevitable.

Mientras tanto, la impresión de que en el cementerio de Turón estaban enterrados nueve auténticos mártires iba ganando terreno. Se hicieron las gestiones legales para trasladar sus cuerpos a los lugares que se preveían como definitivos. Seguidos los permisos correspondientes, se procedió a la segunda exhumación de los sagrados restos. El cuerpo del P. Inocencio se trasladó al cementerio de Mieres, de forma solemne, el 25 de febrero de 1935. Y los hermanos quedaron preparados en un furgón funerario para el siguiente día, 26 de

febrero, en que serían conducidos al cementerio que los Hermanos poseen en la casa central de Bujedo, en Burgos. Lo que se pensaba como un simple traslado funerario se convirtió en un homenaje grandioso. Pero todavía los mártires no quedaron en absoluto reposo. No había pasado un mes del traslado tan emocionante, cuando manos criminales intentaron aniquilar la casa que había acogido sus restos. El 23 de marzo de 1935 unas llamas voraces y provocadas prendieron en los tejados del edificio. Más de la mitad del convento ardió, sin que bastaran a detener su voracidad los desesperados esfuerzos de los habitantes del convento. Los vecinos del pueblo, primero, y los bomberos de Miranda de Ebro, de Vitoria y de Burgos, después, lograron contenerlas cuando habían logrado su vengativa labor.

Se sospechó con fundamento que era una represalia contra aquellos que habían tributado a los mártires tan triunfal recibimiento.

La idea del martirio fue abriéndose paso desde los primeros momentos y se trató por todos los medios de preparar el proceso de glorificación eclesial de los humildes educadores, sacrificados por su fidelidad a la misión evangelizadora.

Los hermanos de Asturias se encargaron de recoger datos, objetos, testimonios e impresiones sobre la muerte de los Siervos de Dios.

De todas las partes de España llegaban cartas pidiendo a los superiores de los hermanos que se pusiera empeño en proponer a tan heroicos modelos como emblema de la grandeza de la vocación docente.

La guerra civil que estalló el 18 de julio de 1936 y las atrocidades que llevó consigo, al lado de las cuales la gesta de Turón se quedaba olvidada, paralizó los intentos. Los 165 Hermanos de las Escuelas Cristianas que fueron asesinados durante los tres años de contienda parecían empequeñecer el significado de solo ocho muertos en Turón.

Pero la fuerza de aquellos mártires de Turón, escondidos silenciosamente en el cementerio de Bujedo, era demasiado intensa para quedar apagada por el tiempo.

Cinco años después de terminar la guerra civil, y 10 exactos desde su muerte, el 9 de octubre de 1944, se iniciaba en la diócesis de Oviedo la Causa de Beatificación de los más significativos mártires de la revolución de Asturias.

El vicepostulador de la Causa, el H. Valeriano Benildo, reconocía que no se trataba de aspirar a tener algunos santos más en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Se quería ofrecer a todos los educadores cristianos del mundo, y a los alumnos de las Escuelas Cristianas, auténticos modelos de fortaleza, de ardor apostólico y de fe.

Cuarenta y cinco testigos desfilaron ante el Tribunal Diocesano, presidido por el Vicario General de Oviedo, don José Cuesta Fernández. Diez eran sacerdotes, trece hermanos de las Escuelas Cristianas, veintidós seglares que de una u otra forma habían conocido a los educadores asesinados.

El 22 de junio de 1945 terminaban las actuaciones del Tribunal y se daba por concluido el trámite diocesano. El 17 de febrero de 1949, el arzobispo de Oviedo solicitaba por edicto que se entregaran todos los escritos que se tuvieran de los nueve religiosos. Ya para este momento la Causa había sido enviada a la Santa Sede, donde comenzaba a recorrer el largo camino que, como a las demás Causas, le esperaba.

El 9 de octubre de 1984 se celebraba el 50.^º aniversario de la muerte de tan beneméritos educadores.

Habían pasado medio siglo desde su martirio. Miles y miles de personas habían rezado ante su mausuleo en el cementerio de Bujedo. La mayor parte de ellas eran jóvenes educadores que habían seguido preparándose en la casa de estudios de los Hermanos.

Con motivo de ese cincuentenario se celebró un grandioso acto-homenaje en la casa de Bujedo, que pareció despertar las conciencias. Al mismo tiempo se publicaba un volumen de 700 páginas por un investigador de los hermanos martirizados en Turón, el H. Mariano Valdizán.

En Roma, el Postulador de los Hermanos, el H. Luigi Morelli, recibía la noticia, que transmitía a todo el Instituto en junio de 1985, de que el Proceso de Beatificación se aceleraba y entraba en su etapa final. A principios de 1988 se publicó la *Positio super martyrio*, volumen de más de 500 páginas, como resumen de toda la Causa. Este documento está destinado al Papa y a los cardenales y teólogos de la Congregación Romana para las Causas de los Santos.

El 9 de diciembre de 1988, la Comisión de Teólogos aprobaba por unanimidad la realidad del martirio de los religiosos asesinados en Turón. Y el 16 de mayo de 1989, la Comisión de Cardenales confirmaba y aprobaba la beatificación de estos héroes de la educación cristiana, sacrificados el 9 de octubre de 1934.

El proceso de beatificación ha demostrado que los religiosos fueron muertos por odio a la fe y que aceptaron la muerte con generosidad, perdonando a sus propios asesinos. La Igle-

sia honra su fe y su sacrificio, declarándolos beatos y proponiéndolos como ejemplo al pueblo cristiano.

El decreto de la Congregación de las Causas de beatificación lleva la fecha del 7 de septiembre de 1989⁵. Estos mártires fueron beatificados por Juan Pablo II el 29 de abril de 1990 en la Plaza de San Pedro⁶.

30. Beato José SANZ TEJEDOR, F.S.C.

Hermano Cirilo Bertrán

* *Lerma (Burgos) 20 marzo 1888*

† *Turón (Asturias) 9 octubre 1934*

46 años

Su familia era de humildes trabajadores. Su padre era caminero. Desde pequeño fue cariñoso, serio, trabajador y reservado. Asistió a la escuela de niños pequeños y después a la de mayores. Sus resultados se debían más a su esfuerzo y constancia que a su inteligencia. Fue en la escuela donde le nació la vocación religiosa a través de los recursos humanos más sencillos. Conoció en cierta ocasión a un hermano de La Salle que pasó por la escuela, invitando a los chicos a hacerse educadores en el Instituto fundado por Juan Bautista de La Salle, que hacía pocos años había sido canonizado. Le quedó grabada la idea y, cuando ya tenía diecisiete años, se decidió a ponerla por obra, haciéndose religioso de aquella familia de educadores que se estaban extendiendo por todos los rincones de España. Se ofreció entusiasmado. Sus padres, que eran sencillos y muy cristianos, vieron bien la decisión de su hijo y respetaron sus deseos.

El 12 de julio de 1905 llegó a la casa de estudios de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de Bujedo, situada en el extremo oriental de la provincia de Burgos.

Se dedicó con empeño al estudio. Y, al año de su llegada, fue admitido al noviciado, donde maduró en piedad y en profundidad. Al tomar el hábito de hermano recibió el nombre de Cirilo Bertrán. Y al terminar el tiempo de noviciado, pasó al grupo que se llamaba escolasticado, para disponerse por el

⁵ AAS 82 (1990) 97-102

⁶ UFFICIO DELLE CELEBRAZIONI LITURGICHE DEL SOMMO PONTEFICE, *Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la Beatificazione dei Servi di Dio Cirilo Bertrán e 7 Compagni, F S C e Inocencio de la Immaculada, C P, Martiri, María Mercedes Prat, S T J, Virgen e Martire, Jaime Hilario Barbal Cosan, F S C, Martire, Filippo Rinaldi, S D B, Presbitero Piazza San Pietro, 29 aprile 1990 Terza Domenica di Pasqua* (Tipografía Poliglota Vaticana 1990), p 4-6

estudio serio y constante para el apostolado educativo en las escuelas.

Siempre fue de espíritu tranquilo, reposado, reflexivo. Sentía gusto especial por la lectura y por la conversación sobre temas importantes. Sus compañeros admiraban su sentido del orden, la limpieza con que tomaba sus apuntes en clase y sobre todo la bondad que se reflejaba en su mirada. Había un tema que le gustaba comentar: el agradecimiento que debía a Dios por haberle elegido para una vocación apostólica como aquella en la que se encontraba. El amor a su vocación fue una constante en su vida. Por eso tuvo alegría muy grande cuando, al comenzar el año 1909, recibió la indicación de sus superiores de que había llegado el momento de iniciar su apostolado de educador. El 7 de enero de ese mismo año fue enviado al colegio que los Hermanos tenían en Deusto. Con otros seis hermanos, y en un centro que atendía a unos 400 alumnos, comenzó su trabajo escolar con los más pequeños.

El joven hermano Cirilo destacaba como profesor por su previsión. Todo lo tenía a tiempo antes de comenzar la clase. Sus alumnos eran numerosos. Pero sabían siempre lo que tenían que hacer en cada momento. Era el secreto que le aseguraba el orden y la eficacia en el trabajo. Al terminar el curso, con la experiencia profesional ya adquirida, recibió la orden de trasladarse a Madrid, para trabajar en el Asilo de Niños Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Comenzaba a recorrer ya comunidades y colegios para trabajar con ilusión en cualquier lugar a que fuera enviado, como dijo en la fórmula de los votos que hizo en Bujedo el 31 de agosto de 1909. Fue la disponibilidad y la responsabilidad lo que distinguió su vida de trabajador incansable. Y, junto a su serena actividad, siempre sobresalió en él su sincero amor a la vida religiosa y su espíritu de generosidad. En todos los centros donde trabajó destacó por su afán de formar en los alumnos las virtudes cristianas y humanas.

La actividad apostólica le llenó su vida de preocupaciones. Al hacer sus votos perpetuos en el verano de 1916, el H. Cirilo había descubierto la grandeza de su vocación de catequista. Fueron sus clases de religión y la dedicación plena que manifestaba a los alumnos con más sensibilidad espiritual, lo que más recordarían siempre los que con él convivieron. Cuando un alumno manifestaba alguna inclinación a la vida religiosa o sacerdotal, se desvivía por ayudarle a seguir un camino que para él había sido tan hermoso y lleno de satisfacciones. Fueron muchas docenas de niños y jóvenes los que hallaron, en su

experimentado consejo y ayuda, la fuerza que les impulsó a dirigir sus pasos por los caminos de un seminario o de algún centro de formación religiosa. Lo tenía como lema apostólico. Ayudar a uno a ser sacerdote o religioso es hacer el mejor bien en la Iglesia. Es preparar apóstoles que vayan por el mundo sembrando el mensaje de Jesús y enseñando a seguir a todos el camino del cielo. Siendo director en Santander ayudó a un pequeño alumno a hacerse pasionista. Ese niño se llamaba Amadeo Andrés Celada. Cuando estalló la revolución de Asturias, era joven profeso que estudiaba en la casa de los Pasionistas de Mieres. Fue una de las primeras víctimas que cayeron a manos de los revolucionarios, pocos días antes de que su antiguo director de Santander entregara también su vida por haber hecho tanto bien en pro de la infancia y de la juventud. Porque el H. Cirilo fue trece años director de distintas escuelas y comunidades religiosas. En las casas pequeñas, al mismo tiempo que dirigía la escuela, atendía también con ilusión una de las clases. Es difícil decir dónde se mostraba más celoso y apostólico, si en la clase, en la que verdaderamente gozaba como educador, o en la comunidad, en la que siempre sabía sembrar palabras de aliento y ofrecer ayudas sin medidas.

Si ser profesor le gustaba, ser director le costaba, pues, en su humildad, se consideraba incapaz para dirigir a los demás. Pero se mostraba siempre obediente para todo lo que le quisieran mandar o encargar. Cuando sentía que las cosas se le ponían difíciles, era en la capilla donde buscaba la fuerza y la luz de Dios.

Antes de ser destinado a Turón, estuvo tres cursos de director en la Escuela de la Sagrada Familia de Valladolid. Fueron años duros. Se había proclamado la República en España. Se multiplicaron los obstáculos y las persecuciones. La escuela dependía del Círculo Católico Obrero, que se hallaba alejado por la Compañía de Jesús. Como la escuela era dependencia del Círculo y todas las obras de los jesuitas fueron cerradas por el Gobierno, quien se incautó de los bienes de esta congregación, la escuela estuvo a punto de cerrarse. La vivienda que ocupaban los hermanos hubo de ser abandonada. El H. Cirilo pudo a duras penas buscar otra casa para los hermanos en una calle cercana y logró con mucho sacrificio mantener en funcionamiento la escuela, que era modelo de orden, de eficacia y de apostolado cristiano. Lo logró, pero enseguida se promulgó la Ley que prohibía a los religiosos la docencia. El H. Cirilo, como los otros profesores religiosos, tuvo que cambiar de lugar de apostolado.

Y así fue a su último destino, la Escuela de Nuestra Señora. de Covadonga, de Turón. Ningún inconveniente puso a este postrer destino, a pesar de que se sentía preocupado y cansado. El último año de su vida lo pasó en Turón. Con los hermanos de la comunidad se mostró afectuoso, delicado y animador. Su serenidad infundía tranquilidad a todos. Con la gente de la localidad, y sobre todo con las autoridades del valle, mostró cierta reserva y gran prudencia. Sabía lo que pensaban de la escuela y comprendió que la mejor forma de ganarse a las familias era lograr elevado espíritu de trabajo con los alumnos. Su año de Turón fue el más fecundo de su vida. Pero también resultó el más purificador para su espíritu. Sufrió en silencio y nunca perdió su buen humor. Cuando llegó el verano de 1934 le correspondió hacer unos ejercicios espirituales de treinta días que se habían organizado para los directores de las casas. Tuvieron lugar en Valladolid, en la casa de Arcas Reales, durante el mes de julio. Sus compañeros se quedaron admirados de su piedad, de su tranquilidad y de su inmensa confianza en la Providencia de Dios. Cuando dos meses después se supo la noticia de su muerte, todos se quedaron maravillados y decían: «Nadie mejor que él estaba preparado para el martirio. Parece como si lo estuviera esperando». Al empezar el curso todo lo tenía dispuesto. No lo terminaría en la tierra; pero él lo había preparado como si todo fuera a resultar normal. Porque el H. Cirilo era un capitán sereno, de esos que no se asustan por las tormentas y saben infundir confianza a su alrededor.

Los hermanos que con él murieron supieron encontrar en su tranquilidad, en su sentido de la oración, en su permanente sonrisa, la fuerza que necesitaron, sobre todo en las horas posteriores de zozobra y de desconcierto. Hasta el último minuto fue un director generoso y magnífico que se mantuvo al frente de los suyos.

31. Beato Filomeno LÓPEZ Y LÓPEZ, F.S.C.

H. Marciano José

~ El Pedregal (Guadalajara) 15 noviembre 1900

† Turón (Asturias) 9 octubre 1934

33 años

El H. Marciano José fue un caso curioso de amor a la vocación de educador, sin embargo nunca pudo ejercer su ilusión docente. Pero hasta el momento de la muerte logró

mantenerse en primera fila, para cumplir unos misteriosos designios de Dios que rompieron todos los esquemas de los hombres. Sus padres eran profundos cristianos. Educaron a sus cuatro hijos con reciedumbre y con energía. Le pusieron por nombre Filomeno y desde sus primeros años le rodearon de atenciones y también de valientes exigencias. Fue siempre muy casero, pero se entusiasmó pronto con la idea de ir a Bujedo, donde un tío suyo, el H. Gumersindo, había entrado con su mismo hijo Santiago, cuando se quedó viudo, y era el enfermero del convento. Filomeno dijo a sus doce años que quería ser como su tío y su primo. Sus padres no pusieron mucha dificultad. Era tradición en el pueblo que muchos jóvenes se orientaran a la vida religiosa. Otro hermano de Filomeno, Julio, también siguió esos caminos y se hizo escolapio. En el verano de 1912 ya estaba en Bujedo. Llamó la atención por su dedicación al estudio, por la fortaleza de su carácter y por la decisión con que quería conseguir su ideal de ser educador cristiano. Por otra parte, se mostraba especialmente inteligente y por eso sus éxitos en la actividad escolar resultaban brillantes y su futuro profesional parecía prometedor. Pero tuvo una infección en los oídos. A pesar de los esfuerzos de su tío para curarle y atenderle, a sus quince años se quedó casi del todo sordo. Le dijeron, y él lo comprendió perfectamente, que no podría dedicarse a la enseñanza en esas condiciones. Fue lo que más sintió, pues el deseo de ser educador estaba clavado en su alma.

Y tuvo que regresar a su hogar donde, mayor como ya era, tuvo que ponerse a trabajar en las labores de la tierra. Con frecuencia pasaba el día con las ovejas de la familia. En la soledad del campo daba vueltas y revueltas para tratar de convencerse a sí mismo que tendría que aceptar su situación. Sin embargo a un primo, que hacía las mismas labores, le decía a veces: «Tengo que volver como sea, pues lo que yo quiero es ser religioso y ayudar en los colegios donde se da clase a los niños». Tanto insistió por carta a su tío, que se le admitió para esa labor de ayuda, que siempre es necesaria allí donde hay grupos de educadores.

Tenía ya dieciséis años cumplidos cuando de nuevo regresó a Bujedo. Para él resultó una gran alegría. También para sus antiguos compañeros por el reencuentro con el compañero al que habían aprendido a querer por su gran bondad, su viveza y su gran amor a la vocación educadora. Con ellos pasó al noviciado a los pocos meses. Y allí vistió el hábito de Hermano de las Escuelas Cristianas, recibiendo, con el hábito, el nom-

bre de Marciano José. Al terminar el noviciado, emitió sus primeros votos, el 3 de abril de 1918. Sabía que no podría dedicarse a la tarea educadora directamente. Pero nunca perdió su gran ilusión apostólica. Esta ilusión fue la que le mantuvo siempre disponible para cualquier tarea que se le encendiera, dedicándose a ella con entrega, con abnegación sin límites y con simpatía desbordante. Todos los que con él convivieron fueron testigos de esta disponibilidad.

La vida humilde y sacrificada del H. Marciano estuvo dividida en dos etapas. La primera duró diez años y la pasó en la casa de estudios de Bujedo, en oficios diversos, sobre todo de encargado de la ropería de la casa, y atendiendo con eficacia a la sacristía de la hermosa iglesia románica, en la que tantas plegarias han elevado al cielo durante ochocientos años los que han habitado en el convento. La segunda comenzó el 28 de mayo de 1928, cuando los superiores le destinaron a ayudar a los profesores de diversos colegios, sobre todo en el abnegado oficio de cocinero. Demostró gran capacidad de adaptación. Allí donde había una necesidad, el H. Marciano era enviado sin que opusiera ninguna resistencia. Terán en Santander, Cabornia en Asturias, Colegio de Lourdes en Valladolid, Colunga en Asturias también, Gallarta en Vizcaya, y Mieres de nuevo en Asturias, conocieron los infatigables trabajos de un educador de retaguardia. Porque el H. Marciano no podía dar clase, por su sordera, pero siempre estaba atento a todas las necesidades de sus compañeros de comunidad, que le reclamaban mil servicios y colaboraciones. Su labor principal solía ser la de cocinero y encargado de las compras de cada centro. Pero, en los colegios pequeños que tuvieron la suerte de contar con su colaboración, eran cientos los trabajos cotidianos que amorosamente desempeñaba. Sus destrezas manuales, y sobre todo su disponibilidad, le mantenían permanentemente ocupado en las diversas labores que le salían al paso.

Porque él se sentía educador ante todo. Su infantil ilusión de llegar a ser buen profesor no pudo verse realizada. Pero su entrega estaba en función de la mejor educación de los alumnos de las escuelas en las que trabajaba. En sus cartas siempre empleaba la primera persona cuando hablaba de los problemas de la enseñanza. Por ejemplo, escribía a sus hermanos del pueblo, desde Gallarta, cuando las dificultades legales comenzaron a poner trabas a los educadores cristianos: «Lo que más nos preocupa es el destino que van a tener los 30.000 niños a los que damos clase en España de forma gratuita y sin recibir estipendio del Estado. Nosotros seguimos como si no pasase

nada, pues nos da igual estar aquí que a cien leguas de distancia». Ese mismo espíritu le hacía sentirse confiado en Dios y entusiasmado con la tarea que llevaba entre manos.

En abril de 1934 recibió la última indicación de traslado. El hermano que ayudaba en Turón a los profesores y llevaba la cocina y los arreglos, sintió miedo por las tensiones que se advertían en el ambiente. El H. Marciano estaba entonces en Mieres. Ningún inconveniente puso en cambiar con él y ser destinado a aquella escuela. Los pocos meses que pasó en ella siguió con su entrega característica y aportando a la comunidad su jovialidad, su simpatía y su buen espíritu. Dios le recompensó su generosidad uniéndole a los otros hermanos en la gracia del martirio. Podía haberse escapado de la muerte. Los que le detuvieron se interesaron mucho por saber si era verdaderamente religioso, pues él no daba clase ni enseñaba la religión. El se declaró lo que era: educador, a pesar de que, al ser detenido, podía haber pasado por un empleado. Incluso, ya en la cárcel, y antes de ser llevado al cementerio, los del comité revolucionario quisieron cerciorarse de su condición y le sometieron a interrogatorio minucioso. En ningún momento quiso pasar por simple empleado. Se declaró como miembro de la comunidad del colegio, aunque en su confesión iba implícita la sentencia de muerte, que al fin llegó.

32. Beato Claudio BERNABÉ CANO, F.S.C.

H. Victoriano Pío

* *San Millán de Lara (Burgos), 7 julio 1905*

† *Turón (Asturias) 9 octubre 1934*

29 años

Diez años de actividad apostólica fueron los que Dios concedió al H. Victoriano Pío. Y los diez los pasó prácticamente en el mismo sitio: el Colegio de Palencia.

De cualidades brillantes, con dotes artísticas que llamaban la atención a todos, desbordando siempre simpatía y creatividad, llegó a Turón en el último minuto. Dios le tenía destinado para ser del grupo de los elegidos, pero sus muchas ocupaciones, su entrega plena a sus alumnos de Palencia, su afán por hacerlo todo a la perfección, casi le hacen llegar tarde a la cita con el Señor. A Turón fue destinado ya comenzado el curso de 1934. Fue a reemplazar a otro profesor, que se había asustado por el ambiente y daba clase al grupo de los mayores. Había necesidad de un educador de valía.

Sus padres, humildes labradores, pero muy cristianos, le enseñaron desde los primeros años el tesón en el trabajo, la alegría en la convivencia, el respeto a la naturaleza y la nobleza en las relaciones con los hombres. Serían sus cualidades admirables a lo largo de su existencia. Mucho sintieron su separación cuando, a los trece años, manifestó deseos de seguir la invitación que había hecho en su clase un hermano de las Escuelas Cristianas que había pasado invitando a los chicos a ser educadores en su Instituto. Pero le vieron entusiasmado con la idea y respetaron su decisión. Por eso, el 26 de agosto de 1918, Claudio ingresó en Bujedo, donde estos hermanos tenían la casa de estudios. Desde su infancia destacaron sus cualidades y se advirtió en él una vocación educadora llena de promesas y buenos augurios.

Después de tres años de estudios, entró en el noviciado de la misma casa. Allí recibió el nombre de H. Victoriano Pío. Su año de preparación para la vida religiosa fue muy bien aprovechado. Su piedad, su seriedad y su responsabilidad se desarrollaron extraordinariamente. Y el 3 de febrero de 1923 pronunció en la iglesia de la casa sus primeros votos, comenzando sus estudios específicos de Magisterio.

Tenía tan clara su vocación docente y apostólica que, durante los años de estos estudios, todas las preferencias se orientaban hacia cuanto le pudiera preparar mejor para la actividad de la clase: música, canto, dibujo y, por supuesto, los conocimientos básicos y fundamentales de Lengua, Historia, Matemáticas y Ciencias. Su ilusión por el apostolado de la clase era tan grande que brotaba espontáneamente en sus conversaciones. Todo lo orientaba hacia aquel trabajo que le esperaba y ante el que se manifestaba impaciente. Esa impaciencia se vio satisfecha con la indicación que recibió de ir a Palencia, el 6 de enero de 1925. Desde el primer encuentro con los que iban a ser sus alumnos se manifestó una simpatía mutua. Más que sus iniciativas, lo que ganaba a los escolares y a las familias era su corazón. Siempre estaba disponible para el trabajo. Tenía la rara habilidad de entender a los niños con problemas y les conquistaba con misteriosa intuición. Atendía con preferencia a los retrasados y multiplicaba con ellos sus cuidados y los ratos supplementarios que les dedicaba a la salida de la clase. Su deseo era conocer a todos, pero de forma individualizada. Para él no existía la clase como conjunto, sino cada persona particular. Los padres quedaban maravillados del aprecio que le mostraban los escolares. Y él sabía dar a cada uno la palabra o el aliento que necesitaba. Era un modelo de educador.

Todo su apostolado lo pasó en el colegio de Palencia. Este factor le posibilitó ganarse el aprecio y el respeto. Sólo tuvo que salir durante unos meses, a fin de reemplazar a un profesor en la vecina comunidad de la Santa Espina (Valladolid). Fue allí el 30 de marzo de 1926 y, al llegar el verano de ese mismo curso, de nuevo recibió la indicación de reintegrarse a Palencia. Los compañeros de comunidad recuerdan de él que era ávido del tiempo. Ni siquiera lo gastaba en leer el periódico, pues solía decir que era más importante preparar bien las clases y corregir los trabajos a los discípulos. Le gustaba la lectura de libros y mostraba gran afán por estudiar todas aquellas cosas que le iban a preparar mejor para su ejercicio profesional. Desde sus primeros tiempos en Palencia colaboró al comienzo, y dirigió con enorme habilidad después el coro de cantores que se organizaba en el colegio. El objetivo principal del coro estaba en la ambientación de los actos religiosos del colegio. Pero muy pronto comenzaron las intervenciones en la ciudad. No había procesión o acto en la catedral en que el coro del Colegio La Salle no dejara en el ambiente sus notas musicales y en la mente de los participantes el agrado de una obra artística.

Manifestaba una paciencia a prueba de desánimos y una constancia admirable; sobre todo, daba muestras de una habilidad enorme para tratar a los numerosos niños de las diversas clases que formaban aquel grupo de cantores. En los ensayos sabía armonizar la disciplina con la cordialidad, consiguiendo que todos estuvieran satisfechos y orgullosos de su pertenencia al coro. Y lo más llamativo de todo era la sencillez y humildad con que procedía, de forma que no entendía que le pudieran felicitar por los aciertos que conseguía en cada intervención. En una ocasión en que el obispo de la ciudad se acercó, al final de la procesión del Corpus, para felicitarle y decirle que los cánticos habían resultado preciosos, lo único que supo responderle fue que «eran los niños cantores quienes lo habían hecho de forma maravillosa y ellos eran los únicos merecedores de la enhorabuena».

Su labor en Palencia era tan eficaz, que, cuando en 1933 todos los hermanos tuvieron que dejar el colegio para ir como profesores seglares a otros centros, el H. Victoriano fue señalado para seguir en el mismo sitio, a fin de asegurar la continuidad de la obra. Cambió el hábito religioso por el traje de seglar y se quedó en el colegio, con gran alegría de los alumnos y satisfacción de las familias. Pero esta prolongación de su estancia en Palencia sólo duró un año. Cuando la situación se

estabilizó, llegó el momento de pedirle un sacrificio. Y fue que acudiera a cubrir un hueco importante que había quedado en un lugar difícil. Fue un corte brusco e inesperado. Pero su espíritu estaba lo suficientemente templado y era inmensamente noble para vacilar. Había un secreto en aquel traslado de emergencia, pero el H. Victoriano se lo llevó consigo a la otra vida. Pues viaje a la eternidad resultó aquel que le llevó al corazón de Asturias, cuando ya el curso había comenzado y estaba a punto de estallar la revolución que él nunca había sospechado.

33. Beato Vilfrido FERNÁNDEZ ZAPICO, F.S.C.

H. Julián Alfredo

* *Cifuentes de Rueda (León), 24 diciembre 1903*

† *Turón (Asturias), 9 octubre 1934*

30 años

El pueblo de Cifuentes de Rueda es un rincón sereno y hermoso de la provincia de León, en las cercanías del río Esla, y a tres kilómetros del importante núcleo de Gradeles. La tranquilidad es la tónica dominante del paisaje que rodea el pueblo. Allí tienen sus tierras los campesinos. Y allí aprenden armonía, nobleza y reciedumbre los niños desde que nacen. En un hogar humilde del pueblo, formado por un cristiano matrimonio, nació nuestro beato, a quien se puso por nombre Vilfrido. Con el diminutivo de Viyo se le llamó desde los primeros días de su vida. Y con este nombre le conocían los amigos del pueblo, que no eran muchos, pues la población local era modesta. Creció compartiendo la vida del hogar con otra hermana y recibiendo sus primeros conocimientos humanos en la sencilla escuela del pueblo. Aprendió las primeras oraciones en los brazos de su madre, a la que se mostraba especialmente vinculado.

Fue un tío sacerdote, párroco de un pueblo cercano, el que le inculcó las primeras ideas de seguir a Dios en la vocación sacerdotal o religiosa. Y acogió con tal docilidad esta orientación que, desde el principio de su vida consciente, se manifestó dispuesto a seguir aquel camino que sintonizaba con su piedad espontánea y natural. No había terminado su infancia cuando tuvo la pena de ver morir a su querida madre, cuyo recuerdo nunca perdería en su memoria. Con este motivo pasó algunas temporadas largas en compañía de su tío párroco, con el que compartió sus devociones. Y, bajo su dirección, se

decidió a entrar en el centro de estudios de los Capuchinos de León. A los diecisiete años fue enviado al noviciado capuchino de Bilbao. Pero no habían pasado unos meses cuando, a causa de una enfermedad que le afectó de forma inesperada, hubo de regresar al hogar familiar, teniendo que pasar larga temporada de reposo. Su ideal vocacional le empujó de nuevo a la casa religiosa, aunque su estancia fue corta, pues otra vez recayó en la enfermedad. Triste estaba en el pueblo y mucho rogaba a su tío sacerdote que le ayudara a conseguir su pretensión de hacerse seguidor de la figura de san Francisco. Hicieron ambos un viaje a Madrid para hablar con los superiores capuchinos. Pero, ante la amenaza de que, si recaía de nuevo, habría de ser enviado a su familia de forma definitiva, regresaron a su pueblo con el corazón lleno de desconcierto y hasta de amargura. El tiempo le fue pasando entre pequeños trabajos domésticos y ayudas a su padre, ya que no se sentía con fuerzas para empeños mayores. Pero aprovechaba el tiempo con lecturas y reflexiones que le daban cierto ascendiente entre sus compañeros del pueblo, metidos ya de lleno en las labores de la labranza y en el cuidado de los ganados.

Cuando acababa de cumplir veintidós años, tuvo conocimiento de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, uno de cuyos orientadores vocacionales había pasado por el pueblo que sacerdotalmente atendía su tío. Viyo se animó a escribir al director del noviciado de Bujedo. La respuesta fue tan alentadora, que la decisión no se hizo esperar en su corazón que siempre había soñado con entregarse a Dios en alguna obra apostólica. Se borraron sus tristes recuerdos anteriores y, acompañado de su tío, se presentó en Bujedo. El 4 de febrero de 1926 ingresó en el noviciado y se sintió desde el primer día con la plena satisfacción de haber encontrado lo que Dios esperaba de él. Causó admiración en sus compañeros del noviciado, algunos años más jóvenes y menos curtidos en los sufrimientos de la vida, tanto por la madurez de sus juicios como por la humildad que adornaba su comportamiento cotidiano.

Tomó el hábito el hermano el 14 de agosto de 1926 y un año después, terminado ya el noviciado y con el nombre de Julián Alfredo, emitió sus primeros votos religiosos.

Su afán reflexivo, su temperamento tranquilo, el sentido del orden que impregnaba su vida, le permitieron aprovechar al máximo los años que a continuación pasó en el escolástico, preparándose para la función docente. Era consciente de sus lagunas culturales. Pero las compensaba con la constancia

y con la alegría que ponía en el trabajo. Se mostraba admirablemente discreto y reservado. Nadie le oyó jamás hablar de las experiencias que había tenido en el noviciado capuchino. Pero se admiraba en su persona la sencillez y la bondad natural de la espiritualidad franciscana. Sus compañeros de estudio le respetaban como a un modelo de virtud y de disponibilidad. Y él respondía con un trato exquisito y con auténtica veneración para con todos los que le rodeaban.

Donde él estaba se podía hablar de todo, menos hacerlo mal de los superiores o de alguno de los hermanos. La caridad y la obediencia eran sus dos cualidades más brillantes. Y no es que empleara la acritud para combatir cualquier desliz en estos terrenos. Simplemente ponía tal cara y esbozaba tal sonrisa, que todos se sentían movidos a callar y hablar de otra cosa cuando el tema no era el más conveniente para el respeto ajeno. Era suave en el trato, cordial y ameno en los recreos, piadoso en las oraciones, incansable en el estudio, de ánimo estable y reposado y compañero tan agradable que todos buscaban su trato y, en lo posible, su amistad.

Cuando le correspondió salir al apostolado activo, el centro que tuvo la suerte de recibir su primera labor educativa fue la escuela que los Hermanos tenían en la localidad de Caborana, en el valle asturiano del Aller. Allí estaba el 24 de agosto de 1929. Y allí iba a entregarse al trabajo educativo durante cuatro años. Cordial, sencillo, sacrificado, ordenado y constante, siempre tuvo la alegría de haber encontrado lo que era su verdadera vocación: la educación de los niños. Su profunda piedad le llevó a cuidar con especial interés las clases de Religión. Los alumnos estaban deseando que llegara ese momento, pues se sentían complacidos por la forma sencilla y clara con que explicaba, por los gráficos en la pizarra con que acompañaba sus palabras y, sobre todo, por los ejemplos numerosos con que amenizaba su exposición. Era un artista a la hora del catecismo. También tomó con singular empeño la tarea de preparar a los niños a la primera comunión. Con sus iniciativas y con su interés logró en este terreno verdaderas maravillas. Había años en que más de la mitad de los niños de su clase se acercaban por primera vez a la Eucaristía. El H. Julián les disponía con esmero durante el curso. Se quedaba con ellos todas las tardes para explicar cosas y para hacer diversas actividades. Y les atendía con solicitud singular. Con él la fiesta de la primera comunión pasó a ser una de las más hermosas de la parroquia. Los niños se preparaban en el colegio y la Eucaristía se tenía en la iglesia parroquial. Su fama

entre las familias llegó a ser grande y bien merecida. Algunas madres de niños que no podían ir a la escuela, por no trabajar sus padres en la empresa de la que dependía ésta, le pidieron que preparara también a sus hijos para esta ocasión. Aceptaba con gusto estos encargos y los niños acudían con especial placer al grupo de primera comunión al final de la jornada escolar.

El secreto del H. Julián en sus aciertos educativos estaba en el espíritu sobrenatural que le animaba. Antes de ir a la clase siempre pasaba por la capilla y durante unos momentos le pedía al Señor la luz y el tacto necesarios para tratar a sus escolares.

En el verano de 1932 le correspondió hacer sus votos perpetuos. Era la confirmación plena y gozosa de su labor de Hermano de las Escuelas Cristianas. Dio gracias a Dios por haberle iluminado para seguir aquella vocación en la que había encontrado la felicidad.

Y en el verano de 1933 tuvo que cambiar de comunidad y fue destinado a Turón. «En línea recta, dijo a su padre en una carta, no hay más que unos dos kilómetros, que es la anchura del monte que separa ese lugar del Valle del Aller en el que yo estoy». Llegó en septiembre de 1933. Y con su proverbial serenidad comenzó a preparar la nueva clase que le correspondía y a conocer a los nuevos alumnos. El curso lo pasó con mucha ansia de acertar en su trabajo. Y lo consiguió de forma satisfactoria, pues también aquí se dedicó a sus actividades preferidas, como era la de disponer a los niños de primera comunión o la de preparar con exquisito cuidado las lecciones de catecismo.

Tal vez fue el que menos extrañó el cambio entre todos los hermanos que aquel año llegaron a la comunidad. Las condiciones del clima y de las gentes eran muy similares a las que conocía en Caborana. No dejó de percibir que en Turón había más familias que procedían de inmigración y que los sentimientos estaban más politizados que en el Valle del Aller, en el que había trabajado. Pero los niños son iguales en todas partes y ellos eran los únicos que a él le interesaban. El curso que pasó en Turón resultó muy provechoso y alegre. También el verano transcurrió sin especial incidencia. Y el nuevo curso de 1934 se presentaba para él muy interesante, pues había tomado ya el pulso a la situación y comenzaba a conocer a la gente y a sentir más deseos de trabajar por los escolares. Pero apenas habían comenzado las clases, se produjo la revolución que puso fin a su joven existencia.

34. Beato Vicente ALONSO ANDRÉS, F.S.C.*H. Benjamín Julián*** Jaramillo de la Fuente (Burgos), 27 octubre 1908**† Turón (Asturias), 9 octubre 1934**27 años*

Todo lo que tenía su pueblo de belleza románica y de rudeza agreste, de austereidad y de hidalguía, de grandeza y de amor al trabajo, quedó prendido en el carácter de Vicente desde los primeros años de su vida. Sus padres se encargaron de que su educación, sencilla y campesina, se convirtiera en fuente inagotable de riquezas espirituales y de afanes incontenibles de ser cada vez mejor y más comprometido con los ideales elevados de los buenos cristianos. Por eso se manifestó desde los primeros años vigoroso y decidido, sumamente alegre y capaz de vencer cualquier obstáculo que se interpusiera en las pretensiones que se le fueron ocurriendo a lo largo de su vida. Tenía sólo once años cuando se prendió de los proyectos de vida que les propuso un hermano de las Escuelas Cristianas que pasó por la escuela de su pueblo, invitando a los alumnos a ser educadores cristianos en las escuelas que esa congregación iba abriendo por las diversas regiones de España.

Vicente dijo a su maestro, don Segundo Hurtado, que él quería ser hermano y también se lo repitió al párroco del pueblo, don Felipe Arribas. Todos le dijeron que era demasiado pequeño y que tendría que esperar. Pero se empeñó tanto y lo repitió tantas veces, que el párroco expuso por carta a los superiores de Bujedo el caso.

Acompañado de su padre, y en unión de varios compañeros del pueblo que también querían ser hermanos educadores, llegó a la casa de Bujedo el 7 de octubre de 1920. Le faltaban veinte días para cumplir los doce años. Pero desde el primer momento se manifestó como el más decidido de cuantos con él habían llegado. Las dificultades no hacían más que empezar. Los estudios no le fueron bien en los primeros momentos. O por no estar suficientemente preparado o porque su edad le hacía menos maduro que los otros, las lecciones no le entraban a la primera. Cualquier otro niño de su edad se hubiera desanimado. Mas Vicente no conocía la palabra cobardía. Ponía en juego un tesón que impresionaba a sus profesores y a sus compañeros. Y se salía con la suya, pues terminaba derrotando los obstáculos. Cuatro años le duró la lucha. Y el 9 de agosto de 1924 le correspondió pasar al noviciado, para dedicarse más a fondo a estudiar las cosas propias de la vida religiosa y de

su vocación a la misma. Se mostró piadoso, espontáneo, alegre y, sobre todo, noble.

También allí tuvo dificultades. Le costaba la oración. No era por falta de buena voluntad, sino porque su mente era soñadora y fácilmente se enredaba en cosas que le distraían.

Cuando los demás compañeros terminaron el período de noviciado, él solicitó seguir seis meses más en aquella etapa. Ya era mayor para saber lo que hacía. Estaba ya revestido del hábito de hermano y su nombre era ahora Benjamín Julián. Todos se sorprendieron por aquella decisión. Mas él se lo tomó en serio y aprovechó al máximo aquellos meses. Terminó por salir triunfante. Y el 16 de mayo de 1916 hizo su primera profesión religiosa.

Pasó a la etapa del escolasticado y tuvo que hacer esfuerzos enormes para alcanzar a sus compañeros. Como ya estaba acostumbrado a la lucha, no tardó en conseguirlo.

Durante los años que se estuvo preparando para el ejercicio de la docencia, todos los esfuerzos le parecieron pocos. A la hora de estudiar, era de los más constantes. A la hora de divertirse, de los más alegres. Y en los momentos de oración, se manifestaba de los más piadosos. Algunos decían que tenía un carácter fuerte y algo rudo. Tal vez era verdad. Pero nadie podía negar que su corazón era de oro y estaba siempre preparado para cualquier servicio, para cualquier sacrificio, o para realizar los más sencillos trabajos a la primera sugerencia que recibiera. En el verano de 1927 recibió la indicación de que habría de ir a la Escuela de Santiago de Compostela, que tenía por nombre La Inmaculada. Desde aquel momento sintió verdadero amor al apóstol Santiago y a todo lo que tuviera algo que ver con Galicia. En septiembre estaba ya al frente de una numerosa clase de niños pequeños.

El era también bajo de estatura y podía haberse sentido acobardado ante las dificultades que le ofreciera un ambiente nuevo, una tarea realizada por primera vez o unos niños tan numerosos que le podían haber quitado la paciencia. Ningún miedo le embargó. Tuvo la suerte de encontrar un buen director, el H. Paciano Luis, que le ayudó inmensamente. Fueron seis años los que pasó en la Escuela de Santiago de Compostela. Cada vez se sentía más dichoso de estar allí y de dedicarse sin medida a sus alumnos, por quienes sentía profundo amor y respeto. Por eso, cuando en el verano de 1933, se enteraron de que los hermanos tenían que marcharse del centro y también el H. Benjamín era destinado al colegio de Turón, en Asturias, todos se mostraron contrariados. Los niños y sus

familias querían que se quedara como fuera. Pero esto ya no era posible por las circunstancias.

Y tuvo que marcharse. En Valladolid hizo un retiro aquel verano y el 30 de agosto de 1933 hizo su profesión perpetua. Después se encaminó a Turón, para emprender su tarea escolar. Ni el ambiente ni el carácter de las gentes era el mismo. Pero tampoco aquí se acobardó. Desde el primer momento se empeñó en desarrollar su labor con total entrega y con desbordante simpatía. Al terminar el año de Turón se había ganado ya a sus discípulos. De haber seguido otro año más, los frutos de su simpatía no hubieran tardado en hacerse visibles. Pero apenas habían comenzado las clases, el H. Benjamín, con sus otros hermanos de la Comunidad, fue llamado para otro destino inmensamente superior.

35. Beato Román MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, F.S.C.

H. Augusto Andrés

** Santander, 6 mayo 1910*

† Turón (Asturias), 9 octubre 1934

24 años

La corta vida de este beato, corta por las circunstancias en que terminó, resultó una lucha decidida por conservar su vocación de religioso y de educador cristiano. Llevó siempre sobre su alma el dolor de la disconformidad de su madre por el estado de vida que había abrazado. No es que careciera ella de piedad profunda. Pero la prematura muerte del cabeza de familia, militar de profesión, la dejó sumida en la soledad y aspiró siempre a que su hijo varón fuera el amparo y la ayuda de sus dos hermanas más pequeñas. Mas la elegancia espiritual y humana de una personalidad firme, serena y decidida no le permitió apartarse del camino que Dios le señalaba. Sus padres le educaron con la ilusión de verle un hombre de valía. Era muy pequeño cuando su padre falleció después de penosa y breve enfermedad.

La madre se tuvo que encargar de mantener y educar a los tres hijos pequeños. Puso todo su corazón en el mayor de ellos, que era el niño y que además salía vivaracho, ingenioso, sencillo y muy expresivo. Desde muy pequeño frecuentó la escuela de San José, llamada del Círculo Católico, que los Hermanos de las Escuelas Cristianas llevaban en la ciudad. Y se manifestó inteligente, constante en el estudio y muy piadoso. A los ocho años hizo la primera comunión. Su madre le

ayudó mucho en la preparación y se cuidó de que frecuentara después los santos sacramentos con asiduidad. Al niño gustaba de ir a la misa que se decía casi todos los días al comienzo de las clases en el colegio. No era muy fuerte de constitución; y en aquel tiempo había que guardar ayuno completo para poder comulgar en el santo Sacrificio.

Un día de invierno, Román se desmayó a mitad de la ceremonia y hubo que llevarle a casa. El director del colegio le dio indicación de que era mejor que fuera a misa a la iglesia cercana a su hogar, a fin de que pudiera desayunar antes de entrar en las clases.

Tenía unos once años cuando un día dijo a su madre y a sus hermanas que había pensado en hacerse hermano, como sus profesores, para dedicar su vida a la educación de los niños. La madre trató de disuadirle de la idea y se negó a que ni siquiera pensara en ir tan joven a la casa de estudios de los hermanos. Ese mismo año, el niño cayó enfermo de consideración. El médico que le atendía vio que había peligro para aquella vida infantil y aconsejó a la madre que se le administraran los últimos sacramentos. Así se hizo.

Al mismo tiempo, sus compañeros del colegio comenzaron una novena a Santa Teresita del Niño Jesús, pidiendo su curación. La noche que parecía que iba a ser la última de su vida, mientras su madre le vigilaba a la cabecera de la cama, Román despertó de repente y dijo a su madre sonriente: «Mamá, ¿verdad que me dejarás ir a Bujedo?». La madre, desconcertada y condescendiente, no pudo casi articular palabra, salvo decirle sin vacilar: «Ten por seguro que sí». Desde aquella noche la alta fiebre bajó y la mejoría fue progresando hasta que sanó del todo. Y desde aquel hecho misterioso, todos se acostumbraron en casa a hablar de la próxima partida de Román para la casa de estudios de los Hermanos.

En el verano siguiente, con otros niños del colegio, se dirigió a Bujedo. Llegó el 8 de agosto de 1922. Y comenzó su nueva vida con la alegría que siempre había manifestado. Estudiaba con aprovechamiento, jugaba como el que más, rezaba con auténtica generosidad. Y sobre todo se hacía querer por todos, pues era elegante y simpático. Cuatro años y medio pasó en aquel grupo. Todos admiraron su sencillez, su compañerismo y su abnegación.

Cuando a los dieciséis años, el 3 de febrero de 1925, le correspondió pasar al noviciado, se había convertido en un joven inteligente, generoso, enormemente hábil para expresarse por oral y por escrito, piadoso y elegante. Tomó el hábito

de los Hermanos el 14 de agosto de ese mismo año y, después de un año de noviciado sereno, eficaz y aprovechado, el ya H. Augusto Andrés pronunció sus primeros votos religiosos.

La madre conservaba la secreta esperanza de que su hijo se volviera atrás en el camino emprendido. Pero, tanto por las cartas que le escribía, como por las conversaciones que con él mantuvo en alguna visita que le hizo, comprendió que su decisión era firme e inquebrantable. Poco a poco se fue resignando a la voluntad de Dios, aunque siempre conservó la espina del hijo que se le había ido.

El H. Augusto pasó su período de escolasticado, tiempo en el que se preparaba de forma inmediata e intensa para el apostolado docente, con la misma generosidad, constancia y aprovechamiento que los anteriores. En el verano de 1929 recibió la indicación de que había terminado su etapa de formación y que su lugar primero de apostolado estaba en el Colegio de Lourdes, en la ciudad de Valladolid. Llegó allí el 24 de agosto de ese año. Quedó admirado por la seriedad y el espíritu de trabajo que existía entre los numerosos profesores que animaban el colegio. No se sintió acobardado por el nivel de exigencia. Se lanzó con decisión a hacer todas las cosas como el que mejor. Sus alumnos le admiraban por el espíritu de orden y previsión que manifestaba. Cuando ellos entraban en clase, todo estaba en su sitio. La pizarra mostraba cuadros escritos. Y toda la jornada discurría con seriedad, aprovechando hasta el último minuto. Cautivaba hasta al más distraído. Conocía a todos y a cada uno de sus escolares. Tenía el don de lograr que todos se sintieran individualmente seguidos y estimados. Niños y familias aprendieron a quererle profundamente.

Pero no pudieron gozar mucho tiempo de su presencia. A los dos años le correspondía hacer el servicio militar y le había tocado en suerte la cercana ciudad de Palencia. Allí fue enviado el 25 de octubre de 1931. Y a esta ciudad, donde se encontraba su futuro compañero de martirio, el H. Victoriano Pío, trasladó su esfuerzo e ilusión.

Realizó el servicio militar en el Batallón Ciclista que tenía su sede en la ciudad. Le resultó agradable la experiencia. Y al terminar el mismo, los superiores determinaron que se quedara en el mismo colegio en donde había residido en las horas libres del servicio. Allí pasó el curso 1932-1933. Siguió haciendo alarde de sus dotes de educador. La desbandada que tuvieron los hermanos del colegio en el verano de 1933 también le afectó a él, como no podía ser de otra manera. Y después del

retiro del verano, recibió el nuevo destino que fue Turón. En el mes de septiembre de 1933 llegó al valle minero, que le iba a cautivar profundamente. Todos los que le recuerdan en el breve período que duró su estancia entre las montañas de Asturias hablan de que su distintivo singular en aquellos difíciles meses fue el valor. Era un valor que le brotaba del corazón, fruto de un carácter abierto y comunicativo, pero también profundamente confiado en las manos de Dios. Ponía en la comunidad el tono de decisión, de alegría y de cordialidad, que fue con toda seguridad la tónica de los que habían seguido los caminos de la Providencia hasta aquel rincón donde se iban a cumplir los designios de Dios. Cuando los asesinos que llevaban a los mártires al cementerio les preguntaron en el último momento si sabían adónde iban, todos los condenados quedaron sobrecogidos ante la inminencia de la ejecución. Sólo uno tuvo la gallardía de responder con serenidad: «Vamos a donde ustedes quieran. Estamos dispuestos a todo».

36. Beato Héctor VALDIVIELSO SÁEZ, F.S.C.

H Benito de Jesús

* *Buenos Aires (Argentina), 31 octubre 1910*

† *Turón (Asturias), 9 octubre 1934*

23 años

Argentino por el lugar de nacimiento, español y burgalés por su familia, belga y europeo por su estilo de formación y sobre todo universal por sus proyectos apostólicos, fue el H. Benito de Jesús. Sus padres eran emigrantes que procedían de los pueblos de La Bureba, en la provincia de Burgos. La vida no les resultó tan halagüeña como esperaban y decidieron regresar a España, estableciéndose en Briviesca. Allí pasó la primera infancia Héctor. Y allí quedó la madre al cuidado de los cuatro niños que constituían la primera riqueza del hogar, cuando el padre decidió probar de nuevo fortuna, esta vez en la capital de la República Mexicana. Héctor frecuentó la escuela municipal de Briviesca, después de haber pasado algún tiempo en el grupo infantil que llevaban las Hijas de la Caridad. En esta escuela conoció la existencia del vecino centro de estudios de Bujedo, cuando uno de los hermanos pasó por las aulas invitando a los chicos a ser educadores cristianos. Comentó con su hermano, dos años mayor que él, José Alfredo, el ir a la casa que les abría sus puertas. Su madre, profundamente cristiana, escribió a su padre informando de la preten-

sión de los niños. La respuesta no se hizo esperar y los dos hermanos se alegraron cuando les comunicaron desde Bujedo que podían ir para cumplir sus ilusiones.

Dos años mayor, se adelantó en el ingreso su hermano José. Y Héctor se juntó con él el 31 de agosto de 1921. Tenía doce años, pero se sintió como en su casa desde los primeros momentos. Los estudios le fueron bien, pues era despejado y constante en el esfuerzo. Cuando los superiores de Bujedo pidieron algunos voluntarios para continuar los estudios en la casa central del Instituto, situada en Lemcq-le-Hall, en Bélgica, y para ejercer la docencia en otros países lejanos, Héctor fue el primero en ofrecerse. De nuevo hubo que consultar al padre lejano. Héctor le dijo en la carta que le dirigió que «le dé permiso para ir a Lembecq para formarse y después pueda ir a enseñar el catecismo a los niños a Brasil, a nuestra patria Argentina, o a cualquier lugar que le destinen».

El padre consintió. Algo más costó que la madre se resignara a ver partir tan lejos a un hijo tan joven. Pero también aceptó el deseo del muchacho. El 17 de agosto de 1924, a sus catorce años, llegaba con otros compañeros a la casa en la que iba a pasar otro período de fecunda formación. Lo que más le ilusionó fue encontrar compañeros de tantas procedencias, aunque los más numerosos eran los españoles. Fue una experiencia importante en su vida. Y supuso una gran riqueza para su formación humana y religiosa. Fueron numerosas las cartas que se han conservado —más de un centenar— dirigidas a su padre, a México, y a su madre y hermanas, a Briviesca. Multiplicó sus relatos, sus informes, los datos que recogía y comentaba, las esperanzas que le embargaban de poder ir después a cualquier lugar del mundo.

Allí estuvo dos años antes de hacer el noviciado. Y también allí comenzó este período de preparación para los compromisos religiosos el 7 de agosto de 1936. Tomó el hábito el 6 de octubre de ese año y recibió por nombre religioso el de Benito de Jesús.

Es interesante comprobar la frecuencia con que escribía a su padre que no olvidase que estaba en un país de persecución religiosa y que rezara mucho «para estar preparado a dar su vida por Dios, si la ocasión del martirio llega». La idea de lucha, muerte, victoria y martirio estuvo en su cabeza desde sus primeros años juveniles. Demostraba con ella el sentido que imprimía en su vida. Pero también era exponente de su grandeza de ánimo y de su hidalguía espiritual. Terminó el noviciado, emitiendo sus primeros votos religiosos, el 7 de

octubre de 1927. Enseguida recibió la orden de regresar a Bujedo para hacer allí el escolasticado, ya que entonces no se consideró oportuno enviarle a alguno de los países hacia los cuales tenía su espíritu misionero. Llegó cuando ya el curso había comenzado, pero no tardó en ponerse a tono con sus compañeros, pues su inteligencia era despejada y su capacidad de adaptación era grande. La mayor alegría por su regreso la recibió su madre. Junto con sus hermanas, acudió a Bujedo a visitarle y quedó admirada de lo mucho que había crecido y de las innumerables muestras de alegría y satisfacción que ofrecía.

En Bujedo estuvo durante dos cursos. En este período empezó a sobresalir por su afición literaria y por sus capacidades expresivas. Además de los ejercicios propios de los estudios, mostraba sus dotes literarias en múltiples composiciones que le salían con naturalidad y causaban la admiración de sus propios compañeros y profesores. Al terminar su período de preparación profesional, esperaba ser enviado a algún país extranjero, pues su deseo y su ofrecimiento seguía tan vivo como en los años anteriores. Mas pareció conveniente a sus superiores demorar esta medida.

Y fue enviado a Astorga, en cuyo colegio iba a pasar cuatro fecundos y alegres años de actividad profesional. Astorga le era conocida en cierta forma, pues su hermano José había sido destinado allí dos años antes y había mantenido con él frecuente correspondencia. Precisamente ahora acudía a este colegio a reemplazarle en el trabajo escolar. En Astorga estaba ya el 24 de agosto de 1929. Su entrega a la clase fue completa y muy efectiva. Pronto se graneó el aprecio de los escolares y de los padres, pues sus métodos eran interesantes y estimulantes. Los niños le querían y aprendían rápidamente con tan buen profesor. Sus aficiones literarias le movían a cultivar con especial interés la escritura con los más pequeños y la redacción cuando le fueron correspondiendo alumnos mayorcitos. También fue en Astorga donde le tocó vivir los acontecimientos sociales y las tensiones políticas que supuso la llegada de la República en España. Se dio cuenta de que había de hacer algo más que la actividad académica para educar bien a los alumnos y se sintió inclinado a colaborar en los movimientos que entonces se iniciaron a favor de la buena prensa. Las actividades apostólicas de los Propagandistas Católicos despertaron su interés. En una ocasión escribía a su madre: «¡Qué hermoso es ser propagandista católico. Cuando yo muera me gustaría que pusieran en mi tumba sólo esta frase: Aquí yace un propagandista católico». Mas no eran sólo sentimientos.

Hacía todo lo posible para que sus conocidos y sus alumnos se suscribieran a revistas católicas. En sus cartas recomendaba a todos los familiares que recibieran *Vida y Luz*, *Los Hijos del Pueblo*, y otras publicaciones de carácter cristiano. El mismo escribía crónicas y artículos en el periódico católico local que llevaba por título *La Luz de Astorga*. También escribió en otros periódicos.

Su primera labor fue la responsabilidad escolar. Pero no vacilaba en entregarse con pasión a cualquier obra apostólica que se le pusiera por delante. Desde su segundo año en Astorga se encargó de la dirección del grupo de Cruzados Eucarísticos, que funcionaba en el colegio. Puso en este medio de apostolado todo su corazón: organizaba actividades, sesiones de adoración y plegaria, excursiones, encuentros de estudio, lecturas, etc. Era casi un centenar el número de niños, algunos que ya habían terminado en el colegio, los que se aprovechaban de sus reflexiones acertadas y de la experiencia que iba acumulando.

No era el activismo el que le dominaba, sino un espíritu profundo. Alguno de sus compañeros de trabajo apostólico recordaba de él que «de ordinario se mantenía silencioso y recogido; pero que se encendía y entusiasmaba cuando le tocaba hablar de las cosas de Dios a aquellos niños que, en la clase o en los grupos apostólicos, se relacionaban con él». Sus actividades fueron desbordantes. Pero ellas no le impedían entregarse con sinceridad a la oración y a los ejercicios de piedad. En las oraciones comunitarias sobresalía por su atención. Y con frecuencia se le encontraba en la soledad de la capilla.

Era muy conocido en muchas familias de Astorga. Su dedicación y su bondad fue apreciada por todos. Por eso fue un lamento general cuando, al terminar el curso de 1933, los hermanos tuvieron que despedirse de las familias, por tener que someterse a las leyes persecutorias que se habían impuesto. Hubo para los hermanos un homenaje entrañable de despedida. Los padres y los antiguos alumnos de la ciudad ofrecieron una comida, en la que hubo más de tristeza que de palabras de agradecimiento. Una crónica del periódico local recogió el acontecimiento y relató cómo «a los postres, el H. Benito de Jesús había pronunciado palabras emocionadas de despedida y de esperanza en que llegarían tiempos mejores de mayor libertad».

Le destinaron a Turón. Y allí se encaminó para cumplir la última misión confiada por los superiores con la responsabili-

dad de siempre. Pero también llevaba el encargo de vitalizar al máximo al grupo de tarsicios que había funcionado en el colegio del valle minero. Llegó a Turón con muchas ilusiones y deseos de luchar. Ni abandonó su afición a la difusión de la buena prensa ni se acobardó por las circunstancias. Tuvo que actuar con más discreción y en esto se mostró inteligente y obediente. En sus cartas mostraba la impresión buena que le había producido el colegio de Turón y se hizo eco de la prudencia con que había que actuar en el nuevo ambiente. También se dedicó de lleno a la obra de los tarsicios y a la Congregación del Niño Jesús. El año que pasó en Turón consagró todo su tiempo a esta obra. Al terminar el año contaba con un grupo interesante y animoso. También organizó unos ejercicios espirituales para los alumnos mayores en el verano de 1934. Es seguro que no dejaría de sorprender en las gentes de Turón un artículo, con toda certeza suyo, que salió en el diario asturiano *Región* en los últimos días de julio, diciendo que a finales de agosto tendrían lugar unos ejercicios espirituales para unos 40 alumnos del Colegio La Salle. Y a quien más llenaría de sorpresa sería a los dirigentes políticos del valle, que tanto habían hecho para que se marcharan los religiosos de la escuela, pues habían venido otros profesores que parecían seglares, pero que se manifestaban más activos y comprometidos que los anteriores.

El celo del H. Benito le llevó también a consagrar su tiempo y su entrega a los jóvenes de Acción Católica, que tenían su sede en el colegio. Eran jóvenes dinámicos y valerosos. La mayor parte se había formado en el colegio. Y se mostraban dispuestos a luchar en cualquier terreno, para que en la localidad hubiera libertad, respeto y, desde luego, oportunidades de vida cristiana para jóvenes y mayores. El se mostró siempre dispuesto a orientar, ayudar, colaborar y en ocasiones a moderar aquellos impulsos juveniles. Esto tenía un riesgo y tal vez un precio. Con toda seguridad él no pensó que el precio iba a ser tan elevado.

37. Beato Manuel SECO GUTIÉRREZ, F.S.C.

H. Aniceto Adolfo

* *Celada Marlantes (Santander), 4 octubre 1912*

† *Turón (Asturias), 9 octubre 1934*

22 años

Fue el más joven de los educadores que murieron en Turón y tenía veintiún años cuando llegó a la escuela del valle

minero y cumplió veintidós el mismo día que estalló la revolución de Asturias. Había nacido en un pequeño pueblo verde y luminoso de la Montaña Cántabra, situada entre Burgos y Santander. Su padre era trabajador incansable, cristiano profundo, sacristán y cantor en la iglesia parroquial, buen vecino, siempre dispuesto a hacer cualquier obra de caridad. Cinco hijos tuvo con su esposa, tan piadosa como su marido, fallecida poco tiempo después de nacer el último de sus hijos. Con la ayuda de los abuelos, el padre fue sacando adelante a su familia y sobre todo se preocupó de que cultivaran las virtudes cristianas de manera profunda y adecuada. El mismo les daba todos los días lecciones de catecismo al caer de la tarde y rezaba el rosario cotidiano con ellos. No es extraño que, en aquel ambiente de piedad, Dios eligiera para la vida religiosa a tres de los hijos y los llevara por diversos motivos a un mismo centro de formación, que se llamaba Bujedo. El primero en ir fue el mayor, Maximino. Manuel fue el segundo y, a su imitación, iría el pequeño que se llamaba Florencio.

La ocasión de que fuera Manuel al centro de estudios de los hermanos estuvo en una visita del reclutador de vocaciones de esta Congregación, H. Ludovico María, al pueblo de Celada. Le presentaron a Manuel y le invitó a ir con su hermano mayor, para ser religioso y educador. Manuel aceptó a la primera insinuación y se dispuso las cosas para que ese verano se cumplieran sus deseos. El niño tenía fama de tener mal genio en casa y en la escuela. Una prima religiosa dominica, que se enteró de la decisión, se atrevió a profetizar: «Ese, con el genio que gasta, no dura ni un mes en el convento». Sin embargo, Manuel manifestó que no eran ciertas estas apreciaciones sobre su persona y, desde el 1 de septiembre de 1925 en que llegó a Bujedo, fue la admiración de todos por su buen carácter y por su piedad. Una pena llevaba en el corazón al dejar el pueblo y a su familia. Su padre había quedado enfermo de consideración. La despedida había sido breve y emotiva. A las pocas semanas de su llegada, recibió la noticia de que había fallecido.

Los tres años que pasó en el grupo de muchachos que se preparaban para ser educadores cristianos, se caracterizaron por su entrega plena al estudio y por la simpatía que manifestó entre sus compañeros. Nadie le recordaría con mal genio. El 6 de septiembre de 1928 entró en el noviciado. Después de unos meses, el 1 de febrero de 1929, tomó el hábito de hermano y recibió el nombre de Aniceto Adolfo. Fue tiempo de reflexión y sobre todo de piedad, que era la virtud que más llamaba la atención en quienes le rodeaban.

El 2 de febrero de 1930 terminó el tiempo de preparación a la vida religiosa con la emisión de sus primeros votos. Su hermano pequeño, Florencio, había ya entrado en Bujedo y se convirtió para él en una fuente de preocupaciones espirituales. Quería que fuera un santo y, siempre que tenían ocasión de conversar un rato, le daba consejos y buenas recomendaciones. Le pedía constancia en el estudio, sinceridad, amor a la pureza de cuerpo y alma y, sobre todo, una devoción profunda a la Santísima Virgen, como él la había adquirido.

El tiempo que estuvo en el escolasticado, preparándose para el ejercicio de la docencia, fue muy intenso en su dedicación a los estudios. Los tiempos se habían puesto difíciles por las leyes republicanas antirreligiosas. Ya no bastaban los estudios de magisterio que se hacían en Bujedo. Y tuvo que preparar, con sus compañeros, los exámenes oficiales para obtener el título civil que le habilitara para dar clase. La primera parte de los exámenes los preparó en Bujedo y los realizó en Burgos. Y la segunda parte tuvo que seguir preparándola en la primera escuela a la que fue destinado, que fue el Colegio de Ntra. Sra. de Lourdes, de Valladolid. Aquí llegó el 24 de agosto de 1932. Con ilusión juvenil se dedicó a la clase de los niños pequeños, a la que correspondió dedicar sus desvelos. Al mismo tiempo que cuidaba sus actividades docentes, seguía preparando los exámenes que iba a tener que hacer durante el verano para revalidar civilmente su título de magisterio. Quienes vivían con él le notaban demasiado entregado a su labor y le recomendaban más moderación en los esfuerzos. En el verano terminó de preparar sus exámenes y de nuevo fue a Burgos. En una carta a su hermano le comunicaba que estaba a punto de terminar todos los exámenes y que todo le iba bien. Le felicitaba por su primera profesión, a la cual no podría estar presente a pesar de la cercanía. Y le anunciaba que le iban a destinar «a un lugar húmedo, pero que no sabe cuál será».

Ese lugar húmedo era Turón. A los pocos días de volver a su colegio de Valladolid, tuvo que cambiar de lugar de apostolado. Los primeros días de octubre de 1933 llegaba a la escuela del valle minero, con el tiempo justo para disponerse a empezar la tarea con los más pequeños, que era la clase que le había correspondido. Era el segundo año de su apostolado y la segunda escuela en la que trabajaba con mucha ilusión. Se entregó sin medida a su labor y supo granjearse la simpatía de todos aquellos niños, que fueron muy numerosos aquel año.

Como era fácil de contentar y sus compañeros de comunidad estaban en tan buenas disposiciones, fue un curso para él alegre y pleno en aciertos profesionales. En el verano que siguió le correspondió hacer una visita a su pueblo de Celada Marlantes y a sus familiares. No había vuelto al pueblo desde su partida nueve años antes. No dejó de hacer una visita a la tumba de sus padres. No podía imaginar en aquellos últimos días de julio de 1934 que dos meses después llegaría el momento de entregar su vida. A principio de agosto se trasladó a Valladolid, para hacer ejercicios espirituales de ocho días y renovar sus votos religiosos. Despues regresó a su comunidad de Turón, donde se dedicó a la lectura, al trabajo y sobre todo a la preparación de las clases y de los catecismos, que era donde ponía su mayor empeño.

Los alumnos que le correspondían eran los de cinco y seis años y había que preparar para ellos las cosas con mucho primor. Los que aquel año comenzaron en el colegio vieron los primeros días del curso a un profesor joven y alegre, que animaba a todos con su sola presencia.

Y los que, unos días después, le detuvieron y le condenaron debieron temblar de miedo al dirigir sus armas contra un profesor que era un muchacho de apenas veintidós años.

38. Beato Manuel CANOURA ARNAU, C.P.⁷

Padre Inocencio de la Inmaculada, sacerdote

* *Valle de Oro (Lugo, dióc. Mondoñedo), 10 marzo 1887*

† *Turón (Asturias), 9 octubre 1934*

47 años

El P. Inocencio de la Inmaculada era un pasionista del convento de Mieres que estaba en Turón el día del sacrificio, no por casualidad, sino por designio misterioso de Dios.

Toda su vida había estado dedicada al ejercicio de la docencia en diversos centros de estudios. Había sabido conjugar la labor docente con una intensa actividad sacerdotal. Y la característica más singular de su personalidad había sido siempre la disponibilidad.

Y como había que ir desde Mieres a Turón para confesar en el colegio de los hermanos y en la parroquia, con el fin de preparar la tradicional y piadosa práctica de comulgar los

⁷ L. L. MORELLI, *Canoura Arnau, Emanuele (Innocenzo dell'Immacolata)*, en «Biblioteca Sanctorum. Prima Appendice», 247-248.

primeros viernes de mes, se ofreció voluntariamente para aquel arriesgado servicio. Ni siquiera fue perdonado en el último momento, como aconteció con los otros tres sacerdotes de la localidad. Fue considerado por sus asesinos como un religioso que tenía que ver mucho con la tarea de la educación cristiana. Tenía cuarenta y siete años el día del sacrificio; uno menos que el director, H. Cirilo Bertrán.

Su vida había sido movida. Pero lo típico de su trayectoria fue siempre la abnegación y la total entrega a sus labores docentes y sacerdotales. Había nacido en la parroquia de Santa Cecilia y San Acisclo, en el Valle de Oro, entre Ferreira y Foz, cerca de la costa cantábrica de la provincia de Lugo. Su casa natal estaba en un rincón llamado Texeira. Desde muy pequeño se había mostrado reflexivo, constante y responsable. Cuando tenía quince años se sintió atraído de los Pasionistas, que a veces pasaban por su parroquia en misiones populares que organizaban desde su convento de Mondoñedo. Sus padres vieron bien la voluntad del muchacho y, ante sus fuertes instancias, le acompañaron hasta Mondoñedo, siguiendo la indicación de uno de los misioneros. Iba con tal deseo que, como le dieran la oportunidad de quedarse de inmediato, lo hizo sin la menor vacilación, pidiendo a sus padres que le llevaran la ropa y otros enseres, pues él ya no quería volver al hogar. Admitido ante tal decisión, fue enviado a la casa de estudios de Peñafiel, en la provincia de Valladolid, donde estuvo hasta 1904. En el verano de este año fue enviado al noviciado pasionista que estaba localizado en Deusto (Vizcaya). Allí hizo sus primeros votos religiosos el 26 de julio de 1905, después de un año de formación en la piedad y en el espíritu de San Pablo de la Cruz, fundador de la Congregación de la Pasión. Comenzó entonces los años de formación filosófica y teológica, que le habrían de preparar al sacerdocio y al ejercicio pastoral. Los cinco primeros tuvieron lugar en su tierra natal. Por eso, en agosto de 1905, estaba ya en Mondoñedo, a 20 kilómetros de su hogar familiar. Se entregó de lleno al estudio para el que encontraba facilidades en su temperamento meditativo y en la profundidad con que se enfrentaba con los temas filosóficos y con las cuestiones de la teología.

El 2 de octubre de 1910 recibió el subdiaconado. Se despidió de sus padres y hermanos, pues había de ir a Mieres para terminar sus estudios en esta localidad asturiana, donde tenían los Pasionistas su centro de estudios superiores. Llegó en noviembre de ese mismo año de 1910 y se entregó diligentemente a su tarea. Desde sus años de estudiante, la casa de

Mieres se convirtió para él en centro de atracción. Tres veces regresó como profesor a este lugar de estudios a lo largo de su dinámica vida y doce años en total pasó trabajando en ella. En Mieres recibió el diaconado en junio de 1912 y fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1913, dando así por terminada su formación teológica y pastoral. De allí fue enviado a la provincia de Ciudad Real, a la casa de estudios de Daimiel, para impartir clases de Filosofía. Sus superiores le vieron tan bien preparado, que no dudaron en sugerirle aceptara este encargo, a lo cual él ni un solo instante pensó en oponerse. En Daimiel, al mismo tiempo que se ganaba a los alumnos con la seriedad y la profundidad de sus clases, se ofrecía incondicionalmente a cualquier servicio pastoral y sacramental que se presentara.

Lector empedernido y avaro del tiempo, todo le parecía poco para aumentar cada vez más su cultura y su competencia. Por eso no opuso ningún inconveniente cuando, en octubre de 1916, le pidieron que fuera a cubrir una baja en Corella, cerca de Navarra, y explicara Preceptiva Literaria. Allá fue el P. Inocencio y en este centro de estudios estuvo durante otros tres años. En septiembre de 1919 se le envió a Peñaranda de Duero, en la provincia de Burgos, para atender preferentemente a la actividad pastoral. Fue un año el que estuvo en aquel centro de espiritualidad, que le resultó breve y en el que no tuvo confiada ninguna tarea magisterial. Pero la actividad docente era su mayor deseo. Al terminar el curso fue enviado de nuevo a la casa de estudios de Mieres para que se dedicara por completo a la enseñanza de la Filosofía. Allí estuvo durante cuatro años con ejemplar dedicación a esa labor que tanto le entusiasmaba.

En septiembre de 1924 fue enviado a la casa que se estaba organizando en Ponferrada, en la región leonesa del Bierzo. Su dedicación fue la pastoral de un pueblo minero e industrial, que ofrecía características tan similares a las de Mieres. Mas su estancia no fue muy larga. A los dos años regresó de nuevo a Mieres para compartir sus actividades sacramentales y pastorales con las clases, que tanto agradaban a sus discípulos. Cinco años seguidos iba a durar ahora su estancia en la industrial villa, hasta que, a finales de 1930, experto en el trato de las personas y de los grupos difíciles y entregado a las misiones arriesgadas, fue enviado a Santander. Desde la casa central que los Pasionistas tenían en la ciudad, su misión fue atender a las actividades religiosas de la Iglesia y sobre todo organizar misiones populares por las zonas industriales de la provincia.

Se entregó a su tarea con tanto afán y acierto, que todos sintieron pena cuando, ya a finales de 1934, fue enviado de nuevo a su centro obligado de referencia que era Mieres.

El regreso esta vez iba cargado de presagios oscuros y difíciles de interpretar. Pero no era el P. Inocencio persona dada a dejarse acobardar por los acontecimientos y por las cosas difíciles. Su llegada a Mieres tuvo lugar en los primeros días de septiembre, un mes antes de que llegara la revolución. Fue uno más de los 29 religiosos que vivían en el convento de los Pasionistas de la localidad. Y allí recibió el encargo de atender a algunas clases de Filosofía en la casa, pero sobre todo de dedicarse a la acción pastoral, de que tan necesitada se mostraba la villa y las localidades próximas. Se prestó a realizar las ayudas que solían solicitar algunas parroquias y colegios del entorno, cuando llegaban los primeros viernes de mes, en que aumentaba el número de confesiones y comuniones.

El día 4 de octubre, víspera de la revolución, aceptó de buen grado el dirigirse a Turón, para confesar a los niños de la escuela de los hermanos y después ayudar en las confesiones en la parroquia. Cumplió con su programa previsto, aunque antes de marchar de casa hizo notar que le causaba cierta inquietud el ir a Turón, dado lo enrarecido que estaba el ambiente. Aquella tarde las confesiones fueron más numerosas que en otras ocasiones y se hizo tarde. Nada había llevado consigo, pues pensaba regresar a dormir a su convento. Pero el párroco de la localidad, don José Fernández, y el H. Cirilo, director del colegio, le pidieron que se quedara con los hermanos a dormir, a fin de poder celebrar por la mañana la misa y preparar a los niños con una exhortación para la comunión. No le gustaba la idea de pernoctar fuera de casa; pero, ante la posibilidad de otra labor apostólica con los niños de la escuela, no vaciló y cedió a la invitación. Fue la circunstancia de que Dios se aprovechó para llevarle a la eternidad.